

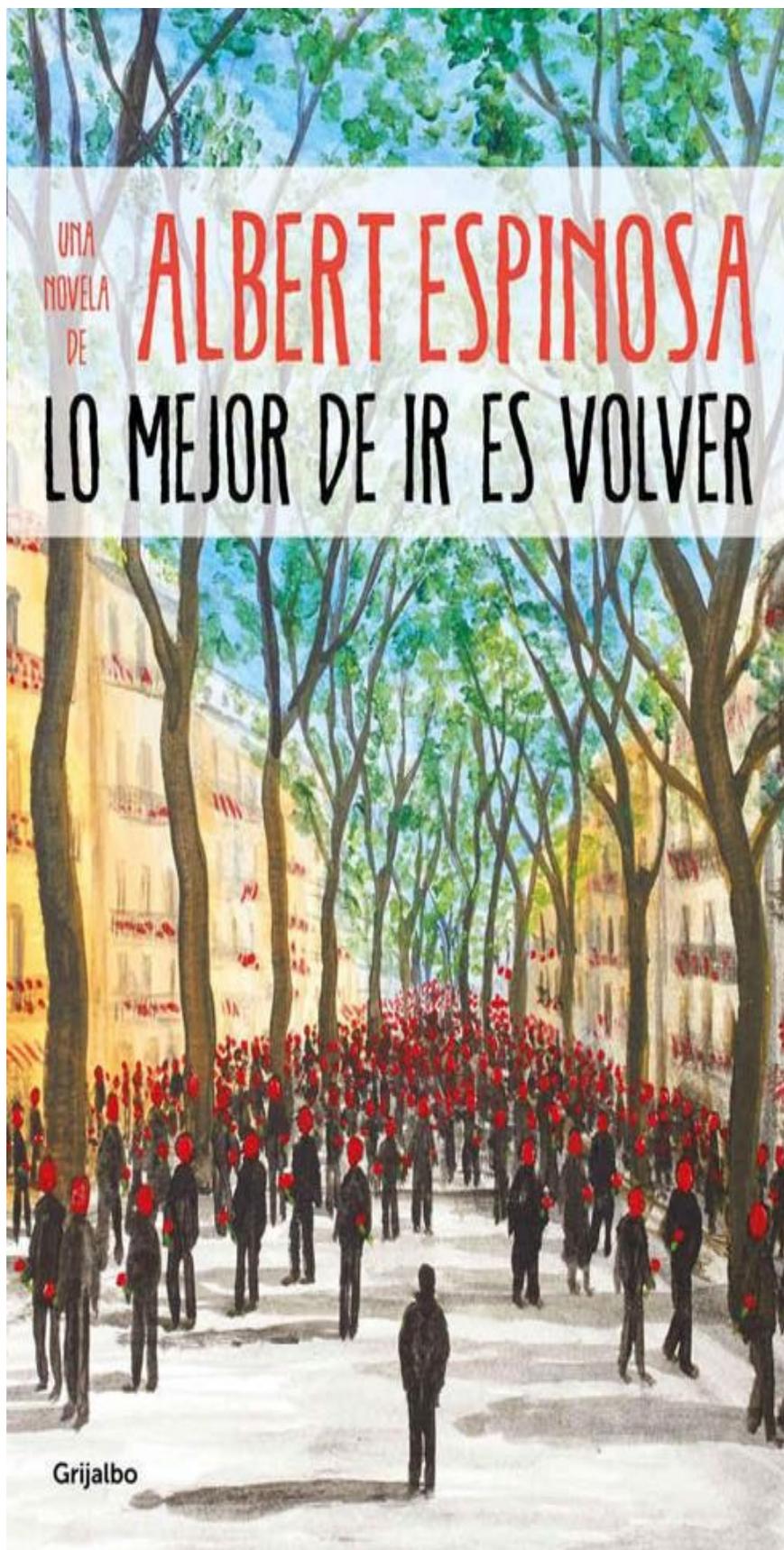
UNA
NOVELA
DE

ALBERT ESPINOSA

LO MEJOR DE IR ES VOLVER



Grijalbo



UNA
NOVELA
DE

ALBERT ESPINOSA

LO MEJOR DE IR ES VOLVER

Grijalbo

ALBERT ESPINOSA

LO MEJOR DE IR
ES VOLVER

Grijalbo

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*Este libro está dedicado a todos los que
me cuidaron y me ayudaron cuando me caí.*

*Nunca olvidaré cómo conseguisteis
ayudarme a levantarme.*

*Y es que lo mejor de caer es
descubrir que seguís ahí.*

*Ahora tengo un tornillo más en la cadera,
lo que equilibra el número de tornillos
totales dentro de mí.*

Os quiero.

Intenta no ocupar tu vida en odiar y tener miedo.

STENDHAL

Puedes engañar a todo el mundo algún tiempo.
Puedes engañar a algunos todo el tiempo. Pero no
puedes engañar a todo el mundo todo el tiempo.

ABRAHAM LINCOLN

Canción escuchada durante toda la escritura de este libro:

«Blue Moon» de Elvis Presley

*Toda esta novela ha sido escrita
bajo el sol menorquín de Ciutadella.*

1

SIN MEMORIA,
ERES FELIZ

Cuando leía a Josep Pla, me parecía alguien anclado en unos tiempos que ya no existen, pero ahora le entiendo a la perfección. Cuando el mundo se moderniza y alcanza una velocidad que ya no comprendes, tan sólo te quedan tus costumbres perdidas. Si te aferras a ellas, eres más moderno que los innovadores.

La innovación siempre acaba siendo puro pasado, no tiene recorrido porque está condenada a ser sustituida por la de la siguiente generación.

Todo lo que escribo en este libro tiene que ver únicamente con mi vida, pero me da la sensación de que no se alejará mucho de la tuya.

Cada vida tiene esos dieciséis anocheceres donde todo cambia, y luego hay unos quinientos o dos mil amaneceres que aparecen tras esos días clave para que seas capaz de aceptar ese cambio. El universo es muy generoso para que superes cualquier dolor o pérdida.

Todos tenemos dieciséis días donde todo gira. Para poder superarlos únicamente poseemos nuestra inteligencia. Y, por increíble que suene, muchas veces cuesta más superar lo bueno que te llega que lo malo que se te abalanza.

El último día clave, el diecisiete, es el fin, tu muerte. Ése no necesita una aceptación propia, sino que se convierte en uno de esos dieciséis días clave para las personas que te quieren y te han acompañado toda la vida.

Aunque es difícil ser poseedor de ese decimoséptimo día. Es tan fácil alejarse

de los que amamos durante una vida. Perdemos a tantos sin una razón clara...

Yo me llamo Rosana. Era moderno en su día. Ahora, cien años más tarde, para mucha gente joven es tan sólo el típico nombre de una persona mayor. Como en su día ocurrió con Asunción o Pepita. Pero qué sabrán ellos, cuando sólo han vivido tres o cuatro días clave.

No me importa no ser comprendida por esta generación. Con los años he aprendido que crecer es aceptar lo que perdiste. Crecer también es aceptar que en esta vida no se cumplirá todo lo que deseas.

Crecer es sinónimo de resignación. Aunque no lo digamos públicamente, al final de nuestra vida todos nos hemos resignado muchas veces por nuestro propio bien.

Y normalmente después del séptimo día clave te indignas y dejas de resignarte. Ese instante llega hacia los cincuenta y dos años y coincide con la muerte de alguien muy cercano. Su muerte te cambia de forma radical. Pero ese giro no dura mucho, creces otra vez y vuelves a resignarte.

Y soy tan rotunda y doy datos tan concretos porque todas las vidas se asemejan. Todos tenemos nuestras limitaciones. También todos poseemos guerras que perdimos y toallas que lanzamos en momentos determinados porque éramos conscientes de nuestras carencias.

Al final, aceptas que no sirves para aquello o que esa persona está fuera de tu alcance. Somos nuestras limitaciones. Si no las tuviéramos, seríamos otra persona.

Yo también soy mis limitaciones. Nací un 23 de abril de 1971. Nunca esperé

llegar a los cien años. Y aquí estoy un 23 de abril de 2071 esperando el karma artificial.

Cien malditos años en este planeta. Nadie me enseñó a vivir con una cifra, ni tampoco con dos, y mucho menos con tres. Todo lo importante lo ha de aprender uno mismo. Siempre estás solo en las grandes decisiones de la vida. Confiar en tu propio criterio es el único consejo válido que me atrevería a dar.

Nunca te imaginas que te harás mayor. Nadie se visualiza con cara de viejo. Llega por sorpresa, de un día para otro, al verte el rostro en el espejo.

Ahora soy una anciana. Me tratan de usted. Desearía que existiera el «tú» y el «tud» para diferenciar las edades. Algo casi imperceptible pero respetuoso.

Os he de decir que este mundo en el que habito difiere mucho del mundo en el que nací allá por 1971. Mi padre falleció con setenta y nueve y mi madre con noventa y dos. Yo superé sus muros y eso equivale a arrastrar muchas pérdidas y alterar mi noción del tiempo. Ahora mis días son muy cortos y mis noches complicadas. Dormir equivale a pensar que no despertaré.

Pero hoy, por fin, he llegado a la edad del karma artificial. Sí, cumplir los cien se denomina «la edad del karma artificial». Otros lo llaman «la edad de la recompensa». Y la razón es que el Estado decide tener una deferencia contigo.

Los viejos son muy importantes desde la gran guerra. La Inesperada, como la llama todo el mundo. Demasiados fallecieron en aquella locura, y cumplir años se convirtió en algo valioso.

No, no quiero hablar de ella. Ya se ha discutido demasiado sobre las causas que la produjeron y sobre por qué todos los países decidieron participar

convirtiendo una pequeña guerra comercial entre países vecinos en una nueva guerra mundial.

Este libro no va de La Inesperada ni de cómo un país ahora nos domina a todos; trata sobre una vida pequeña, absurda y bastante larga que ahora tiene su recompensa.

Jamás hubiera soñado vivir tanto y con tanto pasado a mis espaldas. El pasado es lo que hace de nosotros lo que somos.

El primer recuerdo anclado en mi mente es aquel viaje en familia cuando tenía cinco años a París. Ese primer recuerdo es el inicio de mi pasado. Siempre que deseo, puedo volver allí y anclarme a esa primera imagen inocente, junto a mis padres, que ya jamás volverá. Pura felicidad.

El último recuerdo que instalé en mi mente se produjo esta mañana, cuando recibí la noticia de que había perdido a una amiga. Bueno, ya no lo era, pero la amistad, si ha sido importante, siempre perdura dentro de ti. Saber que he de ir a verla al tanatorio me duele.

Aunque es sin recuerdos cuando realmente somos libres y felices. Siempre he creído que si no tienes memoria eres feliz. Los recuerdos son un lastre, las preocupaciones comienzan a aparecer cuando tienes pasado y puedes comparar tus experiencias con otras. Aspiras a algo, crees que pasará una cosa u otra y ahí empiezan los problemas.

Los niños pequeños no tienen pasado ni casi experiencias con las que comparar, por eso poseen esa sonrisa de oreja a oreja. Aceptan lo que venga.

Ojalá escribir sobre este pasado y sobre esas experiencias me sirva para

abandonar todos los recuerdos en la cuneta.

Hoy es un día clave, por fin podré hacer justicia, es mi día del karma artificial.

He esperado tanto tiempo... No soy una persona rencorosa, pero saber que este instante llegaría me ha mantenido en pie.

He sufrido mucho, y los que me han producido ese dolor muchas veces no han recibido su merecido. El karma no siempre es justo. Por eso ellos imparten su karma artificial.

Y en esta jornada señalada puedo elegir a las personas de mi vida que no tuvieron su castigo pero lo merecían. Ellos comprobarán si mi historia tiene lógica y si mis elegidos son culpables. Y entonces, si esas personas siguen vivas, podré escoger cuál de ellas deseo que muera.

No me gustan ellos, pero la vida son tirones; para obtener algo que te gusta has de aceptar un tirón contrario que no desees. Ellos son mi tirón.

Los recuerdos pesan. Sin memoria, eres feliz. Necesito un descanso...

* * *

Ellos llaman a la justicia que impartimos «karma artificial». A mí no me gusta.

Ellos también nos llaman «ellos» a nosotros. Es despectivo. Tampoco me gusta.

Estoy esperando mi carcasa. Cada persona a la que se recompensa con el karma artificial nos pide la carcasa con la que se siente más cómoda. A veces es la de una mujer joven, otras la de un hombre maduro. Siempre son bellos.

Y ella ha pedido que sea un niño de trece años. Nunca he sido niño, me ilusiona pensar cómo seré.

Aunque sólo cambia mi carcasa, mi mente permanece intacta y todas mis emociones pasadas siguen dentro de mí. Me gusta mutar de carcasa. Tengo treinta y dos años y, aun así, siempre me emociona volver a nacer físicamente.

Me han advertido que a ella no le gustamos. No importa. No gustamos a muchos. A mí tampoco me agradan algunos de ellos.

A veces nos pintan, otras nos escupen. No pasa nada. Todo tiene arreglo. Preocuparse equivale a no tener claro que todo es efímero.

Lo único que no entiendo es qué ganan haciéndonos daño, pero a

mí los humanos siempre me han confundido.

* * *

2

LA VIDA SIEMPRE TE GOLPEA,
PERO NUNCA TE NOQUEA

Continuemos, ya me siento mejor...

Disculpad que sacara el tema colateral de la muerte de mi amiga, a mi edad casi cada día mueren personas que conozco. Dudo si ir al tanatorio, hace tanto que no la veo... Pero, bueno, centrémonos.

«La vida siempre te golpea, pero nunca te noquea.»

Esta gran verdad me la enseñó mi padre. No debía de tener ni seis años cuando se la oí repetir como si fuera un mantra dirigido a un ser superior al que imploraba que le escuchase.

Después siempre añadía esta coletilla a su plegaria:

«Señor, acepto que me pasen cosas buenas o cosas malas siempre que me des tiempo para superarlas».

Sonaba a amenaza dicha con su voz ronca, pero sólo era una petición sincera. Él creía que el tiempo era su mejor aliado, el juez implacable que lo podía arreglar todo.

Y con los años he descubierto que tenía razón. Él siempre conseguía solucionar todos sus problemas, hasta que se acabó su tiempo en este mundo y ya no pudo hacer nada más.

Todos tenemos un tiempo limitado, y cuando se acaba, finaliza todo: problemas, ilusiones, miedos... El pack completo se apaga junto a nosotros.

Jamás imaginé llegar a su edad. Ciertamente a un padre lo comienzas a comprender cuando rozas la edad en la que murió, porque entonces entiendes todas sus debilidades.

Yo no sólo he llegado a su edad, sino que la he sobrepasado. Como os he dicho, ya estoy en los cien años y él desapareció a los setenta y nueve.

Le vi morir. Le vi apagarse ante mis ojos. Aunque a veces desee olvidarlo, ese recuerdo me persigue algunas noches de verano y otras muchas de invierno.

Él estaba en la uvi muriéndose cuando recordé que había dejado el coche mal aparcado. Bajé a moverlo, retorné y aún agonizaba. Creo que no deseaba que me perdiera ese instante básico en mi crecimiento como ser humano. Y supongo que era porque él sabía que tendría tiempo para superarlo.

Le hice una foto justo cuando noté que se había ido. A veces la miro. Él aún está allí. Uno no desaparece tan rápido de su cuerpo. La cámara captó su esencia, su perfume, su dolor... No sé por qué la hice, supongo que porque no deseaba cerrar los ojos y no recordarle muerto. Es absurdo, esa imagen no se irá nunca de mi mente.

Creo que ya os he hablado bastante sobre quién soy. La muerte del padre relata a la perfección la persona que eres y cómo te comportas ante el dolor. Es la pérdida, junto con la de la madre, que más te radiografía el alma.

Tus deseos y tus miedos tienen tanta relación con defraudar a tus progenitores que cuando ellos parten, tú te transformas. Y es que el mundo sin ambos es

como si fuera otro planeta y otro tiempo verbal. ¿A quién le puedes importar tanto como a tu padre o a tu madre?

Ya es hora de que me centre y os hable del karma artificial.

Al principio, cuando lo aprobaron, me parecía una locura que al llegar a una edad concreta la sociedad te premiase permitiéndote hacer un tipo de justicia casi divina.

Pero con el tiempo me di cuenta de que el problema era mío. Juzgaba las nuevas costumbres a través de los cánones de mis viejas costumbres.

Y, lo aceptes o no, los tiempos cambian porque la gente evoluciona fuera de tus propios valores. Cuando no los entiendes es porque ya no deseas comprenderlos.

Cuando yo era joven, os recuerdo que nací en 1971 en Barcelona, los viejos eran viejos. No había «edad de la recompensa». Quizá la recompensa la recibían los familiares en forma de herencia cuando el anciano moría. Ese terrible momento en el que los buitres consanguíneos se engañan y se destripan mutuamente por la codicia de lograr los restos económicos de los que los parieron. Como imaginaréis, en mi familia pasó eso.

Cuánto ha cambiado el mundo. Ahora los ancianos son venerados; antes tenían suerte si no acababan en una residencia. No me quejo, pues yo soy una de esas viejas vacas sagradas.

Como os decía, nunca imaginé llegar a 2071. Parecía imposible, algo digno de la ciencia ficción, pero la vida te sorprende.

Eso lo aprendí yo sola, creo que nadie me lo dijo porque todos piensan que es algo obvio, pero habría agradecido que de pequeña alguien me hubiera contado que la vida te sorprende.

A mí personalmente me ha sorprendido tantas veces, en tantos lugares y con tantas personas...

Ésas son las dos únicas cosas ciertas en este mundo. Que la vida siempre te golpea y que siempre te sorprende. Si te sorprende más que te golpea, tu vida será más sencilla que si te golpea más que te sorprende.

Aquí va otro consejo que ofrece esta mujer centenaria: «Jamás pongas la mano en el fuego por nadie». Poner la mano en el fuego por alguien equivale a quemarse o perderla, dependiendo de lo que te hayas jugado en la apuesta.

He perdido a tanta gente por la que he puesto la mano en el fuego..., entre ellas la amiga que os he comentado que ha muerto hoy. En la vida te puedes fiar de tan pocas personas...

Somos seres abusivos, y la primera directriz de cualquier ser abusivo es cuidar de sí mismo. Es triste lo que diré, pero nadie ayuda a otra persona si no tiene una razón poderosa y personal para hacerlo.

La verdad es que yo también he practicado esa directriz egoísta con la que nacemos. No soy mejor que el resto. Quizá lo único que me diferencia es que en cien años de vida observas tantos cambios, tantas cosas pasan de moda, tantas otras desaparecen, que de alguna manera todo eso te da perspectiva.

Y la perspectiva lo es todo en la vida.

Si tienes perspectiva puedes llegar a ser feliz; si no la tienes, harás infeliz a los demás.

Desde mi perspectiva os digo que este mundo viró cuando aparecieron las redes sociales. A esta generación de ahora les parecerá absurda esta opinión porque las redes son prehistóricas. Es como hablarle del telégrafo a alguien de mi quinta. En realidad, a toda esta nueva generación hasta leer y escribir les parece algo muy desfasado.

Pero en aquella época no comprendíamos lo que intentaban hacer con las redes sociales. En cambio, ahora es tan diáfano...

Todo formaba parte de un plan. Deseaban que justamente gracias a las redes dejáramos de socializar, perdiéramos el contacto con nuestro entorno y poco a poco nos quedáramos solos y encorvados mirando nuestros móviles y tabletas.

Y cuando ya nos tuvieron sin entorno y sin conexiones reales fue cuando llegaron los robots, y los necesitábamos porque nos sentíamos vacíos y repletos de soledad. Ya no sabíamos interaccionar con personas, pero éramos expertos en hacerlo con máquinas.

No me di cuenta de todo aquello; tampoco el resto del mundo. Pero el plan era perfecto: arrebatarte tus lazos naturales de conexión con el mundo para implantarte otros artificiales.

Ellos, los robots, están por todas partes y ahora hacen de todo, incluso impartir el karma artificial.

Un robot decidirá si la persona de la que deseo vengarme morirá. A un robot deberé contarle todos mis secretos más íntimos. Es mi tirón para conseguir lo

que deseo.

La vida son tirones, siempre son tirones...

* * *

Me gusta este cuerpo, es liviano. Todo yo me siento más liviano. Tener trece años es agradable y muy elástico.

Siempre me tomo unos segundos para familiarizarme con mi cuerpo. Pocos, unos veintitrés. Nunca necesito mucho tiempo para nada.

Después pruebo a correr, saltar y respirar. Quiero entender todo mi potencial rápidamente.

He investigado algunas cosas sobre la persona de cien años a la que debo visitar.

Veo que no nos posee a ninguno de nosotros en casa. Eso no es muy normal.

No tiene muchos lazos con nadie. Vive absolutamente sola. Eso es bastante normal.

No temo su posible mal humor. No me acobarda nunca nada, pero me gusta estar preparado para todo.

Sé que ella acabará ejerciendo el karma artificial. Llevo mil doscientas treinta y dos personas centenarias en mi haber y siempre lo han hecho. Todas tenían una cuenta pendiente. Aunque a veces creían que seguía abierta pero el otro karma, el natural, lo

había solucionado y los elegidos ya estaban muertos o les habían pasado numerosas desgracias. Eso también sucede.

No tengo prisa. Cada persona necesita su tiempo. Sólo hay que esperar. Tienen todo el día para darnos sus explicaciones, y la gente mayor acostumbra a tomarse su tiempo.

Me gusta escucharlos, pero a veces me pierdo en sus reflexiones. Hablan mucho antes de ir al grano, creo que eso es porque casi nadie los escucha y, cuando agarran a alguien, desean poder expresar lo que callan durante todo el día. Me parece normal.

Salto mucho, ando perfecto y mi sonrisa me gusta.

Me llamo Troy, es el nombre que me pusieron al nacer hace treinta y dos años. A mí me gusta.

La acabo de avisar de mi llegada. Nos encontraremos en trece minutos. La he notado seca, pero es normal. Si no sabes cómo somos, no te gustamos, y según a qué modelo conoces, incluso podemos desagradarte más.

* * *

3

¿QUÉ ES LO ÚNICO EN ESTE MUNDO
QUE TIENE TODO PROS
Y NINGÚN CONTRA?

Ya me ha llamado. Está viniendo, dice que estará aquí en trece minutos, pero siempre llegan antes y se quedan esperando en la puerta.

Suena serio. Ellos son serios, aunque me gustan menos cuando sonrían. Su sonrisa es falsa, se basaron en la de Mona Lisa, pero no les quedó nada bien.

No me gusta que me visite en mi cumpleaños. Yo nací un día de Sant Jordi, el 23 de abril de 1971. Ese día siempre ha sido una fiesta en Barcelona porque existe la bella tradición de que todo el mundo se regale libros y rosas. La gente se lanza a la calle, que está llena de miles de puestos de libros y rosas. Es una jornada dedicada al amor, a los libros y a las flores. Pero mi día ya no es lo que era. Hace tiempo que Sant Jordi se ha convertido en una fiesta universal. Los americanos la introdujeron en una película que se hizo tan popular que la tradición se convirtió en algo global. Ahora todo el mundo celebra ese día y se regala rosas. Lo de los libros se fue olvidando a la misma velocidad que la sociedad dejaba de leer.

Bookflowerday creo que se llamaba la película, y ése fue el nombre que se le dio a la tradición. Nunca he entendido que ahora se llame así, para mí es y siempre será Sant Jordi.

Pero, al fin y al cabo, siempre hay un avance que te supera. Sea tecnológico, social o simplemente algo pequeño e insignificante pero que para ti lo era todo.

Para mi padre fue internet. Nunca le gustó.

Para mi abuelo, las tarjetas de crédito. No se fiaba.

Por eso mi padre continuó escribiendo a mano. Él creía que lo importante de esta vida se había de traspasar a un papel y si es posible con letra valiente.

Y mi abuelo jamás se acostumbró a esas tarjetas de plástico y siempre llevaba enormes fajos de billetes en el bolsillo.

Mis dos generaciones anteriores no cayeron en la trampa de abandonar lo tangible. Lo amaban demasiado. Nosotros no hemos sido tan inteligentes.

En mi caso, el avance que no superé está relacionado con las personas. Con cómo eran cuando yo era adolescente. Supongo que me quedé en esa edad, en esos años ochenta, porque me gustaba cómo nos relacionábamos. No existía internet, ni tampoco los móviles. Había que hablar y comunicarse. Me gustaba tanto conversar cuando aún tenía gente a mi alrededor para hacerlo...

Recuerdo que cuando era adolescente Sant Jordi me parecía el día más bello de Barcelona. Mi ciudad vibraba y pasear por las calles te hacía sentir automáticamente feliz. El amor de todas las parejas renacía al hacerse esas ofrendas en forma de libros y rosas. Aunque ese amor duraba poco, el 24 de abril retornaba a su nivel rutinario. Pero me entusiasmaba que por un día el amor fuera eterno, resplandeciente y tangible.

Esa flor y ese libro simbolizaban algo más que un libro y una flor.

Muchas veces, cuando llegaba ese día señalado y salía a pasear por las calles, me imaginaba esos mismos lugares que estaba pisando pero en la época de mis antepasados.

Casi podía divisar a mis bisabuelos y a mis abuelos enamorados y regalándose rosas y libros.

Aunque también pensaba en cuántos libros no se leían y cuántas rosas se marchitaban durante los siguientes días debido a rupturas inesperadas. Después de Sant Jordi, Navidad o vacaciones, se produce mucho desasosiego personal.

Yo me nutría de esas sensaciones a esa edad. Y diría que aún ahora me alimento de esas emociones. Cuánta gente vive tan sólo de recuerdos.

A veces pienso que vivo de batallas.

Les pasaba a mis abuelos y a mis padres. Me contaban historias de la guerra o de los años sesenta y yo siempre me quedaba fascinada. Supongo que de pequeña ya era rara. Jamás me molestaban sus relatos; su pasado me nutría y creaba mi personalidad.

Descubrir que tu madre pudo haberse enamorado de otro y que podrías no haber nacido o que tu abuela casi muere en una guerra por defender el honor de su marido ante el militar equivocado.

Cómo las admiraba. Yo me adelanté a mi tiempo, entonces ya pensaba que cualquier persona que superara los setenta y cinco años merecía un respeto eterno.

Ya toca que os explique bien de qué se trata lo de la recompensa, porque sobrevuelo el tema pero todavía no os he hablado profundamente del karma artificial.

¿Quién te premia? La sociedad, se podría decir. Cuando llegas a esa edad es cuando tu voz será escuchada.

Hoy, al cumplir los cien en este día de Sant Jordi, puedo hacer justicia.

Todo se podría resumir en eso, en ser juez de una injusticia.

Puedo elegir quién debe morir. Puedo proponer tres nombres y decidirme por uno. A los tres les notificarán que yo los elegí. Tienes que dar tres porque a veces alguno ha muerto o porque es posible que ellos decidan que no es la persona idónea porque no concuerda algún dato de los que les das o porque no les parece suficiente su afrenta.

Me parece tan intenso lo que estoy viviendo en estos momentos que he decidido escribir todos mis sentimientos en papel. Creo que a mi padre le habría encantado que creara uno de esos libros que ya casi no existen.

Y es que él creía que para superar cualquier problema se necesitaba tiempo, pero también reconocer cuál era realmente el problema. Y él lo extraía siempre a través de sus escritos.

Al escribir, al hacer sus gráficos, acababa entendiendo los pros y los contras.

Siempre me decía que todo en este mundo tiene sus pros y sus contras.

Cuando yo tenía un problema, él se sentaba junto a mí y buscábamos todos los pros y los contras de la decisión que me preocupaba.

Aún conservo muchos de mis papeles con esos pros y contras. Los releo y veo cuánta razón tenía. Cuántos pros fueron reales y cuántos contras me arrebataron

cosas. Anticipó muchas vivencias en esos papeles arrugados donde resumió mis problemas.

Siempre le preguntaba si había algo en este mundo que tuviera todo pros y ningún contra. Él, como buen ingeniero, una raza extraña que tiene calculadora en lugar de cerebro, me decía que sí pero que eso dependía de cada uno.

«Rosana, los pros y los contras enraízan con la personalidad. No hay más. Un pro para tu vida puede ser un contra para la de otro.»

No sé qué pensaría de que hoy vaya a recibir la visita de un robot al que debo confesarle los temas más dolorosos de mi vida para que ejecute a alguna de las personas que me causó tanto daño.

Aunque puedo suponer que se sentaría a mi lado y escribiría todos los pros y todos los contras de esa decisión, para comprenderla bien. Justo lo que estoy haciendo.

Me hubiera gustado leer los pensamientos íntimos de mi padre, pero no tuve esa suerte. No los pude leer porque él no quería que heredase sus preocupaciones.

Cogió todo —cartas de amor, diarios, apuntes sobre su trabajo y hasta pequeñas preocupaciones mundanas que había escrito en cientos de papeles durante años— y lo trituró. Luego rellenoó una almohada con esos problemas triturados, reconvertidos en algo mullido y cómodo para que me diera paz.

Me regaló el cojín justo antes de ir a la uvi donde él sabía que finalizaría su vida.

No me lo contó ni me lo explicó. Lo descubrí diez años más tarde de casualidad. El cojín se descosió y, cuando vi el relleno, lo comprendí todo. No pude reconstruir nada porque estaba destruido a conciencia. Mi padre nunca hacía nada a medias.

Supongo que me dejó todo aquello triturado para que yo abrazase sus letras valientes cada noche y sus preocupaciones me diesen coraje y me ayudaran a dormir. Yo era su niña preferida, su única hija.

Este libro que escribo a mano, cuando lo acabe, seguramente lo destruiré y lo añadiré a las tripas de esa almohada que últimamente está famélica.

Espero tener fuerza para destruirlo. No es fácil destruir algo que creaste, necesitas mucho coraje. Tampoco sé si estos escritos sobre el karma artificial son algo tan digno como para sentirme orgullosa. Él no sé si lo estaría.

Hacía muchísimos años que no escribía, al igual que el resto de la sociedad. Pero me está gustando hacerlo, creo que me ayudará a tomar la decisión correcta.

No os puedo negar que, según me acercaba a los cien años, solamente dudaba de ejecutar el karma artificial por dos cosas.

La primera es porque nunca esperé llegar a esta edad. Supongo que lo logré porque un buen día decidí que me estaba complicando demasiado la vida. Y es que, a veces, sigues viviendo de la misma forma que te inculcaron de pequeño aunque tu momento actual sea diferente y te permita cambiar tus rutinas, tu forma de ser y tu carácter. Mi padre siempre decía:

«Si la vida te da cosas, debes cambiar. Si la vida te quita cosas, también

debes cambiar.»

La segunda razón era porque no tenía claro que conociese a nadie que mereciese morir. Bueno, rectifico, sí que conozco a gente que lo merece, lo que no tengo claro es si yo deseo dar la orden de ejecutarlos.

Pero ambas razones no me hacen olvidar que necesito utilizar ese karma artificial, mi vida no ha sido fácil, y saber que algunos se han salido con la suya siempre me ha parecido lo más difícil de digerir de este mundo.

Le oigo en el portal. Ya está aquí, en pocos minutos llamará a la puerta. Por fin mi recompensa ansiada...

* * *

He llegado antes a su casa. Los tiempos siempre son más cortos cuando tienes trece años. Aunque ya me lo imaginaba. En nueve minutos puedo estar siempre en cualquier lugar, pero sé que eso no agrada a los humanos, por lo que siempre digo que tardaré doce o trece y espero en la puerta. Nos enseñaron que ése es el tiempo correcto para que la gente se pueda preparar o arreglar.

Ella vive en un edificio alto, ya nadie vive en edificios altos, lo que demuestra que o no tiene dinero o le gustan las viejas costumbres.

He intentado entender las viejas costumbres, pero no hay demasiados datos. Desde La Inesperada, los países censuraron mucha información. No entendí bien por qué, pero nadie nos habla de La Inesperada.

Su casa huele bien desde el portal.

Vive en un noveno. Esperaré unos minutos más y llamaré a la puerta.

Sonreiré mucho. Lo agradecen.

La oigo escribir a mano, o eso me parece. Es raro, ya nadie escribe.

También la oigo respirar. La gente anciana respira muy fuerte, pero ella inspira de forma calmada, como disfrutando de su propia

escritura. Escritura y emoción van al unísono en su cuerpo. Hasta diría que oigo la canción «Blue Moon» de Elvis Presley de fondo.

Me gusta Elvis. Su versión flaca y su versión gorda.

Creo que no esperaré esos minutos de cortesía; supongo que eso tiene que ver con la impaciencia de mi carcasa de niño. Ser de una manera siempre te condiciona.

He llamado cuatro veces seguidas al timbre.

* * *

4

MI MADRE ERA CAPAZ DE VER LUZ
DONDE OTROS VEÍAN SOMBRAS

El timbre de la puerta sonó cuatro veces seguidas. Me extrañó. Ellos siempre respetaban los trece minutos de cortesía.

Sabía que debía aceptar su presencia en mi casa.

Me preparé. Me había puesto un vestido elegante, no por él, bueno, supongo que sí. Llevaba un traje de verano de color azul. Creo que era perfecto para disfrutar del día de mi cumpleaños y también para ir al tanatorio si al final me decidía a ver a mi amiga.

Me miré al espejo. Se me notaba el disgusto en el rostro. Era difícil disimular que ellos no me gustaban. Jamás me había acostumbrado a esos seres.

Ahora todo el mundo tenía dos o tres en casa. Bajaron mucho de precio hace dos décadas. Pero a mí todo aquello ya me llegó tarde, y además me parecía que era como tener un espía en casa más que un aliado en el que confiar.

Mi hermano tenía tres modelos de tres marcas diferentes. Hacían funciones aburridas que ya nadie practicaba. Ya nadie compraba en tiendas, se consideraba una pérdida de tiempo. Y mucho menos limpiaba o hacía la comida.

Si tenías dinero, todo estaba a tu alcance, bueno, a su alcance. Ellos se conectaban entre sí y solucionaban tus problemas. Hacían recados y cualquier cosa relacionada con el día a día de la casa o de tu negocio.

Les dabas una orden y todo estaba reluciente, la nevera llena, el césped segado y la comida en la mesa.

Yo era de las pocas personas que aún cocinaba y compraba. Según los últimos datos que había escuchado, sólo un tres por ciento de la población realizamos actividades mundanas. Ahora se llaman así, cuando en su día fueron cotidianas.

Aunque ir a una tienda se considera anticuado, a mí aún me seguía encantando, supongo que por aquello que os confesé de mi amor por los tiempos pasados y lo de comunicarme con otros seres humanos.

Pero poca comunicación puedo tener, porque en las tiendas también están ellos. Jamás he encontrado una tienda física regentada por un humano, aunque ellos fingen que son tenderos y lo hacen muy bien. Así que a veces me creo que lo son para poder dar palique.

Era ley de vida que esto pasara. La gente desde tiempos inmemoriales valora mucho su tiempo y su bolsillo. Y con ellos al mando todo es más barato y muy rápido.

El tiempo lo es todo. En 1800, creo recordar que la media de vida era de cincuenta y cuatro años, en mi siglo fue de setenta y ocho y ahora es de noventa y siete, pero seguimos viendo el tiempo como nuestro gran enemigo.

Y es que los que quieren vivir intentan estrujar todo el tiempo posible para cumplir sus ilusiones personales, y eso es porque cuando te vas no queda absolutamente nada de ti en este mundo.

Recuerdo que cuando mi padre murió, mi madre donó toda su ropa a una asociación benéfica situada lejos de Barcelona. Y es que, con buen criterio, no

deseaba cruzarse con nadie que fuera vestido con la ropa de su marido.

Después de donar sus trajes, pusimos lo que quedó de él en una caja. Ahí estaban sus notas de su época de estudiante, recuerdos de la mili (quién habría dicho que con el tiempo volvería con una duración de tres años..., efectos secundarios de La Inesperada) y todos sus carnets de identidad (ahora son innecesarios porque nuestro ADN es nuestro identificador personal).

Mi madre, que era una mujer capaz de ver luz donde otros veían sombras, eligió una bella caja con motivos marineros para guardar todos aquellos desechos finales de la persona amada.

No sé ya ni dónde estará. Las cosas se pierden en esta vida. Primero las olvidas porque el tiempo les quita valor y finalmente ellas mismas deciden desaparecer de tu vista. Diría que se apartan de puntillas de nosotros cuando notan que molestan.

Cogió esa caja en concreto porque mi padre amaba el mar. Acabó enterrado en Montjuïc viendo su mar y los tanques de gas que él había construido para la empresa en la que había trabajado toda su vida. Su trabajo y su pasión justo delante de sus ojos. Todos los que lo conocían dijeron que estaría feliz por esa curiosa coincidencia. Vaya estupidez, él estaba muerto, dentro de una caja y tapiado con ladrillos. No podía ver absolutamente nada. «Todo contras y ningún pro», como diría él.

Ésas son el tipo de cosas que se dicen cuando ya no estás en este mundo. Por suerte no tienes que aguantarlas; eso es de agradecer.

También recuerdo otra cosa del funeral de mi padre. Fue la presencia de un

amigo suyo que durante la ceremonia lloró más que todos nosotros. Yo siempre se lo agradeceré... Las lágrimas jamás entienden de sangre, tan sólo de empatía. Pero la gente se preguntaba: ¿Por qué llora tanto? ¿Quién es?

No sé quién sería pero, fuera quien fuese, lo que él significó en la vida de mi padre está troceado en mi cojín.

Y ya no recuerdo nada más de ese día en que lo enterramos. Deberíamos despedirnos de los que amamos un mes más tarde de perderlos. Se hace tan rápido que tus sentimientos y tu dolor aún no han florecido y cuando aparecen ya no hay nadie a tu lado que te pueda consolar.

Por suerte, ahora ya no existe ese problema, ya no se entierra a nadie. Te cristalizan. Te convierten en un diamante. No sé muy bien qué técnica utilizan, pero esa joya que crean es muy bella. Ves a la gente con su collar de diamantes colgado del cuello y seguramente ahí está el padre, el marido o quizá hasta el desconocido que te marcó.

Mundo extraño el que me ha tocado vivir, donde la muerte cuelga de tu cuerpo en forma de joya. Todo por la falta de espacio y el cuidado del medio ambiente.

Ya basta. Me he ido lejos, muy lejos, me suele pasar. Lo siento. Pero me cuesta abrir la puerta. Supongo que él lo nota, ellos pueden oírnos y saber qué hacemos en cualquier momento. El latido de nuestro corazón y la forma personal de respirar nos delatan. Realmente yo necesitaba esos minutos de cortesía que él me había escamoteado. Quizá se lo echaría en cara.

Antes de dejarlo entrar, se cruzó nuevamente en mis pensamientos la amiga que había perdido. Odio cuando tu mente decide por ti. Pero al fin y al cabo

tiempo y muerte van de la mano. Cuando uno se acaba, la otra comienza.

Pero en este siglo muchas clases de muerte ya no eran un tabú, se habían desterrado algunos de esos prejuicios.

Podías suicidarte si querías. Y es que había conciliadores que estudiaban tu caso y, si lo aprobaban, te ayudaban a marchar.

La eutanasia también dejó de ser un problema. Nadie más debía soportar un dolor injustificado. Si no querías vivir, hablabas con los «doctores del final». Ellos te escuchaban, te examinaban y si tu dolor o tu desasosiego tenía coherencia, te sedaban hasta que dejabas de respirar.

Ambos, «conciliadores del suicidio» y «doctores del final», eran robots. Al principio fueron humanos, pero la carga de escuchar tanto dolor les acarrea problemas mentales graves. Al fin y al cabo era lo mejor, así nadie se llevaba un peso innecesario a casa que no le permitiese dormir.

Aun así, ellos seguían sin gustarme. Pero en esta vida, como os he dicho antes, todo son tirones. Para hacer algo que te gusta has de aceptar un tirón contrario que no te apetece. Y sé que él, tal como lo había elegido, era mi tirón.

Quizá estoy dando una mala imagen de este futuro. No todo es malo en el progreso de este siglo. Hace años coger un avión para ver a alguien o conocer un destino acarrea retrasos, colas y mala educación. Ahora no existe ese problema, volar a cualquier parte del mundo es cosa de veintitrés minutos, una nave te saca fuera de la Tierra y luego te entra, es casi como recorrer una extraña trayectoria elíptica. Tú vas solo y medio sedado, pero cuando llegas al paraíso soñado estás fresquito y despierto. He hecho tres viajes y me han parecido maravillosos.

Respiré, abrí la puerta y aquello apareció. No me era fácil enfrentarme a él...

* * *

Cuando me abrió, noté su cara de sorpresa pero creo que le gustó lo que observaba. Siempre piden una edad determinada que no les asuste y que les haga sentir bien. Supongo que ver a un niño la aterrizzaba menos.

Le sonreí; no le gustó, lo detecté enseguida.

Estaba seguro de que me ofrecería un café. Siempre nos dan café malo porque no lo podemos diferenciar.

Ella era vieja. Los cien años estaban perfectamente anclados en su rostro. No se lo comenté, no le habría gustado. A los humanos no les apetece casi nunca que les digas la verdad.

Me gustó el vestido azul que llevaba, ya nadie lleva trajes tan preciosos. Todos van con su campo de energía por la calle. Ese campo de energía que les aparta del mundo. Y en su interior llevan su música, su temperatura, sus imágenes y su mundo. Nadie les puede tocar ni molestar.

Ella estaba allí, delante de mí, sin campo, al alcance de mi mano. Tenía algo extraño que me agradaba. Su fragancia natural, la que desprende cada cuerpo, era adictiva.

Enseguida noté que aquella mujer era única y que aquello no sería tan fácil y rápido como pensaba.

Sonreí nuevamente, me encantaban los retos.

* * *

5

CAFÉ AMARGO
PARA NIÑOS SONRIENTES

Al abrir la puerta me di cuenta de que era tal como lo había pedido. Me costó mirarlo a los ojos. Le invité a entrar.

«Ello» sonrió varias veces. Me produjo auténtico repelús. Creo que lo notó.

Le ofrecí un café, lo aceptó. Los primeros modelos que sacaron ni comían ni bebían y eso los hacía lejanos a la gente y de poco fiar. Enseguida las empresas comprendieron que era importante que ellos interaccionaran socialmente y sobre todo que comieran y bebieran con nosotros.

Le serví un café amargo, ellos no detectaban la diferencia. Me miró y supe que enseguida iba a dialogar conmigo. No acostumbraban a perder el tiempo con conversaciones banales.

—Felicidades por sus cien años, señora Rosana. ¿Tiene claro quiénes se merecen el karma artificial? ¿Sabe que puede darme tres nombres y decidirse por uno? —Hizo una pequeña pausa—. La escucho, todo lo que quiera contarme será de gran ayuda —añadió sin irse por las ramas.

Su voz era difícil de diferenciar de la de un niño real. Me quedé pensando en cómo lograrían esa cadencia tan infantil y quién decidía qué voz congeniaba con cada cuerpo. Ojalá conserváramos nuestra voz de niño toda la vida.

No me dio tiempo a contestarle porque él no respetó mi silencio. Solía ocurrir, a veces confundían un silencio largo con su turno de hablar.

—Como sabe, señora Rosana, al llegar a su edad —continuó diciendo aquel ser que sorbía el café amargo con delicadeza— usted puede decidir quién no desea que viva en este mundo. Lo que le pido es que me dé esos tres nombres y las razones por las que los propone.

No sé por qué contaba tantas obviedades. Eso ya lo sabía, todos los que vivíamos en este mundo lo conocíamos. El karma artificial era la amenaza preferida y más utilizada desde hacía veinte años cuando alguien te hacía algo malo. Era más contundente que cualquier insulto.

Era absurdo que me lo explicara, pero supongo que mi avanzada edad le debía de parecer sinónimo de estupidez o de falta de retentiva.

—¿Tiene los tres nombres, señora Rosana? —me preguntó nuevamente.

Olía su prisa. Me sorprendió la rapidez en buscar esa respuesta. Me di cuenta de que sólo deseaba rematar velozmente el trámite con aquella vieja afortunada.

Acabé bebiendo yo también aquel café amargo para ganar tiempo. Él no dejaba de mirarme. Personas y hechos cruzaban mi mente pero, como os he dicho, no me gustaba la idea de decidirlo por un ataque de rabia y sólo utilizando mis pensamientos. A mi padre no le habría gustado.

Tenía claro que uno es sus experiencias. Lo aprendí hace mucho tiempo. Pero cuando pierdes a la familia y los más cercanos, el odio se mezcla con la tristeza, por ello yo ya era mis experiencias modificadas por la soledad. Y eso puede hacerte ver las cosas diferentes a como fueron.

La verdad es que yo ya no tenía a casi nadie, gajes de vivir tanto.

Me quedaban un hermano y unos sobrinos pero, debido al problema del testamento que os relaté, nos veíamos lo justo y en épocas señaladas.

Mi madre siempre decía que, mientras los padres viven, los hermanos se han de cuidar entre ellos. Cuando ellos mueren, entonces ya depende de cada hermano. Y yo tomé mi decisión de distanciarme de él, quizá equivocada, pero es lo que decidí.

Por eso no podía consultar con nadie aquellos momentos oscuros de mi vida. Sólo me quedaba escribirlos y sentir cómo las palabras se clavaban en aquel papel para buscar los pros y los contras.

Un día le pregunté a mi marido a quién mataría él. Él no llegó a la edad afortunada, pero me contestó que a nadie, que siempre se había sentido protegido y que nunca le había sido necesario enfrentarse con nadie desagradable.

Me encantó escuchar aquello. Yo era uno de esos guardaespaldas personales que le evitó cualquier dolor. Él me había ayudado tanto en el peor momento de mi vida, que decidí protegerlo a partir de ese instante.

Yo no tuve su suerte, muchas cosas me habían hecho daño, muchas personas me habían herido y algunas aún seguían vivas y, como os he dicho, se habían librado de todo aquello.

No he sido mucho de odiar, pero sentía odio por determinadas personas. Cuando ves que alguien se libra de ese castigo merecido es cuando realmente creces en el sentido negativo de la palabra.

Recuerdo que en aquella maravillosa serie que se llamaba *Verano azul*, del

maestro Antonio Mercero, había un capítulo donde Chanquete hablaba del «bautizo de odio». Es totalmente cierto, hay un momento en que te bautizas de odio y desde ese día reside dentro de ti. Y mi bautismo de odio me marcó para siempre y fue a partir de ese instante cuando comencé a pensar en la venganza.

En cierto modo, todo el mundo fantasea con el castigo divino, con el rayo que le cae a alguna basura de gente. Pero la basura de gente, no sé si por suerte o por inteligencia, siempre se libra.

—¿Puedo nombrar a personas que hayan cometido atrocidades contra la humanidad? —indagué porque era una duda que había tenido durante todo este año.

Él enseguida negó con la cabeza y sonrió. Siempre esa sonrisa de oreja a oreja utilizada en momentos inadecuados. Seguramente era un fallo en su programación, porque los niños de trece años jamás sonríen con la boca abierta, son menos narcisistas que nosotros.

—Ha de ser alguien con quien usted haya tenido contacto directo, porque lo que deseamos es nutrirnos de su experiencia, señora Rosana.

Odiaba tanto ese «señora Rosana», me hacía sentir como si tuviera trescientos años. Decidí cortarlo de raíz, le pedí que me llamara «Rosana». Aceptó rápidamente.

—¿Y si no digo a nadie? ¿Qué ocurre? —dije mirándole directamente al ojo izquierdo, que decían que era el que poseía mejor visión.

—Nada, Rosana. —Sonrió al utilizar la nueva fórmula para llamarme—. Absolutamente nada. —Él me miró a mi ojo con menos dioptrías, supongo que

para compensar—. No hay ninguna prisa, tómese el tiempo que quiera. Podemos quedarnos aquí, pasear, comer, lo que desee.

»Puede contarme historias, enseñarme documentos, grabaciones, lo que prefiera o necesite.

»Tiene hasta las 23.59 de hoy para darme una respuesta, Rosana.

»Si prefiere soledad, me marchó, lo que prefiera. Si desea compañía, me quedo con usted. No quiero molestarla, sólo ayudarla... Hoy es su día, hoy cumple cien años y estoy aquí para hacer ese día inolvidable.

Me llamaba por el nombre, pero seguía tratándome de usted. No se lo corregí, ya me gustaba esa extraña mezcla. Hizo una pausa larga, realmente parecía que iba a decir algo emocional, aunque seguramente todo era puro software.

—Sé que yo no le agrado, pero eso no importa. Lo importante es que usted posee grandes experiencias y sabiduría. No deje pasar la oportunidad de mejorar este mundo.

»No la escucharán de esta forma en todo lo que queda de vida.

»De algo deben servir sus experiencias. Hay personas que se libran de todo y alguien debe detenerlas. No creo que desee que lo que a usted le pasó le ocurra a otra gente.

»Supongo que sabe que puede proponer tres candidatos y luego decidirse por uno durante el día. Los otros dos sabrán de su malestar y si los proponen dos personas más en el resto de su vida se producirá también su desaparición.

»Sabe, Rosana, hemos de mejorar este mundo y para ello hay que cribar con criterio. Usted es nuestro criterio. Criebe este mundo.

Miré a aquel ser que esperaba mi respuesta.

Sentía que todo su discurso, que seguramente estaba configurado para tocarme la fibra, había logrado emocionarme. Yo deseaba dejar huella, evitar el dolor de otra gente y tenía ganas de cribar algún necio de esta sociedad. Somos seres egoístas y abusivos, ya os lo dije. Leones potenciales que nos devoramos. Yo no era una excepción.

Le pedí que me acompañara durante todo el día. Él respondió al instante que así lo haría.

Me seducía la idea de mostrarle parte de mis escritos para que entendiese mis razones.

Mi padre siempre decía que para encontrar pros y contras necesitas escribir tus problemas, pero sobre todo compartirlos con alguien.

Además, no os lo puedo negar, a nadie le gusta pasar su cumpleaños sola. Ya llevaba demasiados aniversarios sin alguien al lado. Recuerdo que mi madre siempre me obligaba a soplar las velas del pastel y, sobre todo, a pedir un deseo. Desde que se fue, nadie ha estado muy interesado en que soople y desee algo. La echo tanto de menos...

Antes de salir a la calle, cogí las notas y los datos que había escrito durante este último año, llevaba mucho tiempo reflexionando sobre el karma artificial. Lo había trabajado a conciencia; al fin y al cabo, tenía mucho tiempo libre. No deseaba decir nombres porque sí, los tres que tenía en mente poseían un peso

específico en mi vida y en mi dolor. Pero era consciente de que a última hora a lo mejor cambiaba de idea y sustituía alguno. Tantas veces en la vida se cambia de opinión radicalmente. Lo que eran líneas que no atravesarías jamás de repente eran líneas discontinuas. Libros que jamás leerías de golpe se convertían en textos de cabecera. Supongo que no sólo somos seres abusivos sino también contradictorios.

También conocía lo que me había explicado de que si alguien era propuesto por tres personas diferentes, eso equivaldría a su muerte.

Todos los propuestos por el karma tenían una peca azul en el rostro. Y los que habían sido escogidos en dos ocasiones su peca viraba a un rojo intenso.

Y lo sabía de primera mano y él también se habría dado cuenta. Se veía a simple vista: yo poseía mi peca azul. Era evidente para cualquiera con el que me cruzase por la calle. Aquella peca venía a decir al resto de la sociedad que yo no era de fiar. Al menos eso es lo que sentía por las reacciones de la gente que me observaba.

Supongo que en otro momento os hablaré de quien me propuso. Él no me lo preguntó y realmente lo agradecí.

Ahora era por fin mi momento de proponer, de decidir a quién deseaba matar.

Mientras salía a la calle junto a aquel ser de trece años con voz equivocada, él me puso la estrella dorada. Todos los que cumplían cien años la llevaban en el día de su cumpleaños. Sí, como imagináis, tenía la función de hacerte sentir sheriff por un día. Funcionó, me sentí importante.

Sentí tanta extrañeza cuando me tocó, no os lo puedo negar. Rompió la

distancia prudente entre dos personas, y eso hacía años que no me pasaba con nadie. La gente no se me acerca mucho desde hace tiempo.

* * *

Era una mujer extraña pero me fascinaba.

Durante toda la reunión inicial la noté distante, pero mi carcasa de niño hacía que su hostilidad no fuera excesiva.

Observé que me miraba mucho y sobre todo que estaba muy interesada en mi voz.

Me pidió que la llamase Rosana, y así lo hice. No me preguntó mi nombre; me sorprendió, pero sólo debíamos decirlo si nos lo pedían.

Me solicitó que le acompañara durante todo el día; sólo un dos por ciento de los centenarios me lo habían pedido. Normalmente no necesitan tiempo porque ya tienen los tres nombres y las razones en la punta de la lengua.

Pero ella no, ella era diferente. Tenía muchos folios escritos y me imaginaba que en algún momento me haría leer todo aquello. No leo desde hace mucho tiempo, pero estoy altamente capacitado para realizar esa función.

Observé que tenía una peca azul. Habría podido saber al instante a través de mis archivos quién la había propuesto, pero preferí que ella me lo contase.

Al salir a la calle le puse la estrella de sheriff. Todos se emocionan

cuando lo hago. Ella creo que sintió algo diferente, parecido al rubor.

No comprendo mucho el rubor, pero creo que es una palabra que engloba emociones muy profundas.

* * *

6

HERIR A LOS QUE AMASTE ES
INCUMPLIR TUS PROPIAS PROMESAS

Salimos a la calle. Allí siempre me siento invisible. Nadie se fija en una mujer de mi edad. A veces es agradecido, en otras ocasiones esa soledad es terrible de soportar.

Al ir con aquella estrella dorada colgando de mi vestido, todos se giraban. Me sentí importante. Diferente. No os puedo negar que me gustó. Supongo que notaban mi poder para cambiar el mundo.

Le miraban a él y dudaban de si era mi nieto o un robot. Su joven edad hacía que descartasen que fuera un gigoló robotizado. Los había también, y decían que eran muy eficientes.

Algunas personas se extrañaban cuando veían a alguien mayor junto a uno de esos gigolós. No sé por qué piensan que cuando llegas a cierta edad te olvidas del sexo. Jamás lo olvidas, tan sólo te desinteresas, porque con el tiempo todo pierde su potencial.

Vivir siempre trae consigo perder esa capa de inocencia. Y cuando la pierdes, jamás la recuperas. La inocencia se escapa con las primeras frustraciones, con los «noes» que das o te dan con relación al amor o al sexo, y hasta diría que desaparece al darte cuenta de que no todos nacemos con los mismos dones o la misma suerte.

Él iba detrás de mí, les habían enseñado a ir siempre justamente medio paso detrás de nosotros. Le dije que dejara de hacerlo y sabía que me obedecería.

Aunque no tuviera seres de éstos, conocía los de mis sobrinos y recordaba que cuando deseabas algo debías pedirselo y te hacían caso.

No, no eran nada peligrosos. Esa idea del cine de que se rebelarían contra nosotros jamás ocurrió. No tenían ese tipo de iniciativas malignas. Ni tampoco se enamoraban de nosotros ni nos asesinaban. En general, no tenían mucho interés por la raza humana. Sólo hacían lo que les pedías y casi siempre de una forma perfecta.

«Cuarenta años de éxito y ningún tipo de problema» era uno de los lemas que usaba una de las marcas pioneras.

Al instante caminó justo a mi lado.

La mayoría de la gente ya no caminaba por la calle, sino que iba en esos campos de energía. Los campos de energía te transportaban, allá había la temperatura que deseases, podías ver lo que quisieras y sobre todo nadie te podía herir ni molestar. Era como una burbuja perfecta con todas las comodidades a tu gusto. Mi abuela paterna, que nunca fue de comunicarse con el mundo, los hubiera disfrutado mucho.

Yo nunca tuve un campo de energía. Me pareció que era como apartarse de las personas, de su sonido y de sus olores.

Es cierto que con ellas bajó la delincuencia, los asesinatos y el acoso, pero también la relación personal entre todos los seres humanos. Y eso nos repercutió en todos los aspectos; somos mamíferos sociales, aunque ya no lo parezca.

Quizá lo único bueno de esos campos de energía es que no había que soportar a los fumadores. Sí, aún existían en este tiempo. Me parecen los mayores

egoístas que hay, saben que provocan la muerte de los que tienen al lado, pero aun así encienden sus cigarrillos con una sensación de impunidad. Odian que les fumen cerca cuando ellos comen, pero no les importa encender su cigarro mientras los de al lado comienzan a degustar su alimento. Cuántos de ellos habrán muerto por el karma artificial.

—¿Adónde vamos, Rosana? —indagó para proponerme seguramente la forma más rápida de llegar.

Me decidí, lo tuve claro. Yo soy de impulsos y supongo que sentirme diferente por la calle me dio alas para enfrentarme a aquel reto.

—He de ir al tanatorio a despedirme de una amiga.

Se quedó en silencio. Supongo que porque había hablado de la muerte. Era un tema que respetaban mucho. Como os he explicado, ellos se ocupaban de bastantes temas relacionados con la muerte y por ello jamás la banalizaban.

—¿Era cercana su pérdida? —indagó para saber cómo debía reaccionar.

—Sí. Desde hace años sólo se muere la gente cercana. No conozco a nadie nuevo. —Hice una pausa, decidí ser menos borde, era innecesario ser tan desagradable—. Ella era una buena amiga. Fuimos íntimas durante mucho tiempo, hasta que un día la amistad se perdió.

Él me miró fijamente. Sabía que les interesaban mucho las incongruencias humanas, yo diría que hasta se alimentaban de ellas.

Paré uno de esos coches sin conductor. No me gustaban, me daban miedo, tampoco tenían ruedas. Más campos de energías. Siempre estaban elevados un

palmo del suelo, y eso me daba un poco de respeto.

Sin ruedas y sin conductor. Era algo que había visto en el cine, pero cuando lo vives en tu vida real os puedo asegurar que tiene cierto punto desagradable. Estaban contruidos con una especie de polímero grisáceo que cambiaba de color a tu gusto, y siempre con los cristales tintados. La privacidad es la seña de este siglo.

Subí a aquel trasto y le di la dirección del tanatorio de Les Corts. Me gustaba aquel sitio, habían pasado los años pero ese tanatorio, aunque modernizado, aún poseía esa magia antigua que me encantaba, al estilo de las viejas iglesias románicas.

La muerte, los fumadores y la religión siempre perduran, pasen los años que pasen. Y la religión todavía era poderosa en este siglo. Yo pensaba que con los años esas creencias desaparecerían, pero hasta diría que estaban reforzadas. Misterios del mundo y de los humanos.

Él se puso delante, siempre iban en el asiento de delante por deferencia hacia ti. Aquel trasto iba solo, nadie lo conducía, sólo le debías indicar adónde querías ir y te llevaba.

Él me miró desde el asiento del copiloto y siguió indagando sobre mi visita al tanatorio.

—Si hace tiempo que no la veía, ¿por qué va a despedirse? —me preguntó.

—Incongruencias humanas —le respondí para satisfacer más su interés.

—¿Pasó algo muy grave entre ustedes, si no es indiscreción? —quiso saber

aquel niño con mente de adulto.

—Me defraudó. —Decidí volver a ser honesta—. Supongo que, si no hubiera muerto ayer, hoy sería una posible candidata para el karma artificial.

—¿Tanto daño le hizo? —inquirió.

Su curiosidad me desconcertaba. Hacía preguntas incómodas que ya nadie acostumbraba a hacer. Nadie se interesaba mucho por el prójimo en este siglo. Sabía que, con una simple orden mía, dejaría de interrogarme, pero me gustaba poder hablar con alguien sin ser políticamente correcta.

En estos últimos años nadie me escuchaba de esa forma. No querían saber cosas reales sobre mí, para no tener que cargar conmigo o con mis problemas.

Decidí contarle a él —sí, supongo que debía comenzar a llamarle «él»— parte de aquel sentimiento extraño que compartí con mi amiga, porque al fin y al cabo ella hubiera sido una posible candidata al karma artificial. Qué mejor que empezar con alguien que no lo sería porque la perdí. Cuando muere alguien, la única manera de insuflarle algo de vida es contando sus secretos.

—¿Cómo te llamas? —decidí preguntarle antes de comenzar mi historia.

Me parecía absurdo no saber ni tan siquiera su nombre pero explicarle mi vida con todo detalle.

—Troy me llaman —respondió.

—Todos tenéis nombres de cuatro letras.

Era extraño pero era así, supongo que se debía a que la marca que los construía también poseía cuatro famosísimas letras.

—Sí. —Sonrió—. Todos tenemos cuatro letras, por lo que hay infinitas combinaciones. Yo tuve suerte, mi nombre suena a algo. Yotr no sería tan bonito.

Reí, era la primera vez que le oía hacer una broma, aunque sabía que tenían gran facilidad para el humor. Los había graciosísimos que hasta actuaban en clubes, pero yo no los había visto, no salía mucho.

Tardé unos minutos en comenzar a explicarle mi relación con aquella mujer que había perdido. No me era fácil. Cuando guardas tanto tiempo los secretos, se acaban adhiriendo a tu piel y es casi imposible despegarlos de ti.

—Mira, Troy... —No sé por qué, pero le llamé por su nombre—. Cuando era pequeña y veía que la gente que se apreciaba se enfadaba, yo no lo comprendía.

»Pensaba que la amistad o el amor estaban por encima de cualquier problema absurdo. Tampoco entendía cómo la gente podía ser infiel. Creía inocentemente que, si no quieres a alguien, pues le dejas, ésa era mi forma de pensar con trece años.

—Tiene sentido —afirmó aquel ser que tenía esa misma apariencia física.

No sé si aceptaba mi teoría por la semejanza de edad o por una deferencia conmigo. Tampoco sabía por qué le estaba tratando como si realmente tuviese trece años y le descubriera el sentido de la vida. Decidí no preguntarme tantas cosas y acabar mi explicación.

—Con los años descubres que todo es más complicado. Que herir a los que

amaste es como incumplir tus propias promesas.

No sé si me entendía. Le notaba que respiraba fuerte, y eso siempre era una señal de que se recalentaban porque no captaban algo.

—¿Ella rompió su inocencia? —preguntó acertando de pleno.

Me gustó su sencilla teoría dicha con voz infantil. Era simple y, quizá por ello, totalmente acertada. En la vida lo sencillo es lo que nosotros convertimos en complicado.

—Sí. Se podría decir así —le repliqué sonriendo—. Rompió mi inocencia y mi confianza. Aunque ahora ambas cosas me parecen conceptos absurdos y obsoletos. Con los años te das cuenta de que la inocencia y la confianza son valores que significan cosas muy diferentes para cada persona.

Decidí centrarme en el problema real con ella y dejar la filosofía a un lado.

—Ella era mi mejor amiga y éramos inseparables. La gente no comprendía nuestra amistad y eso nos hacía sentir únicas. Pocas personas consiguen ser parte de ti sin que exista ese lastre de ser pareja. Teníamos nuestras propias bromas y nuestro propio lenguaje. Necesitábamos vernos semanalmente y notar que nos unía aquel hilo extraño e invisible que no se podía analizar ni comprender.

Respiré, ahora era yo quien me recalentaba al recordar todo aquello.

—Pero ella, con un solo acto, se cargó todo eso. ¿Entiendes lo que te digo? —le pregunté sin darme cuenta de que era imposible que lo comprendiera.

—Sí, lo entiendo, pero yo no le he sentido jamás.

Sabía que nunca lo había sentido. No sé por qué me lo confesó. Decidí continuar.

—Yo no volví a sentir esa sinergia con nadie más. Con ella se marchó mi capacidad de confiar en otro ser humano. No sólo robó nuestra amistad sino mi confianza ciega en cualquier otra persona, y eso es algo terrible...

Me quedé en silencio. No dije nada más durante el resto del trayecto, él tampoco.

No me esperaba que le pudiese contar tantas cosas personales, lo que me hizo ver que llevaba sola mucho más tiempo del que pensaba.

Pensaba que me preguntaría sobre qué nos había pasado concretamente, pero no lo hizo. Lo agradecí porque en realidad era lo de menos.

Llegamos al Tanatorio de Les Corts. Pagué con la mirada. Todo el mundo pagaba con la mirada en este siglo.

Tu iris se ha convertido en tu tarjeta de crédito. Las miradas ahora valían oro. Miradas o guiños, todo era posible si tenías saldo. A saber qué pensaría mi abuelo de todo esto.

* * *

Pagó con la mirada, quizá debía haberlo hecho yo, me han enseñado que en el día de su cumpleaños los debemos mimar.

No fui rápido. Me quedé pensando en su amiga y en ella. Podía ir al archivo de aquella mujer y saber qué les había pasado o, si no lo ponía, podía simplemente intuirlo. Soy muy bueno intuyendo si tengo todos los datos necesarios a mi alcance.

No sé por qué me contó toda aquella historia si no tenía que ver con el karma artificial, ya que no la había elegido. Supuse que necesitaba tiempo para darme los nombres o simplemente era una de esas personas a las que les gusta dar vueltas en círculos.

Ella bajó primero del taxi y me abrió la puerta. Nunca nadie me lo había hecho antes; supuse que tenía que ver con mi edad.

No me gustaban mucho los tanatorios, pero no se lo comenté. Creen que respetamos la muerte, pero en realidad nos asusta.

* * *

7

EL PASADO DOLOROSO CUANDO SE
COMPARTE SIEMPRE PRODUCE PÁNICO

Antes de entrar a ver a aquella examiga, me acerqué al campo del Barça, que estaba justo delante del tanatorio. Siempre he creído que los estadios tienen una energía única que se incorpora a tu alma debido a todas las emociones intensas que perduran allí aunque los espectadores se hayan marchado.

El «estadio Messi» se llama ahora así en honor al increíble jugador que ganó aquella final del Mundial con un inolvidable hat-trick.

Me aproximé lentamente a aquel estadio para llenarme de energía antes de presentar mis respetos; eran muchos años sin verla, pero aún me afectaba. Cuando dejamos de quedar rondábamos los cuarenta, ahora las dos teníamos casi cien. Ella no llegó por dos años; quizá me hubiera propuesto a mí para el karma artificial, podría ser, ella tendría otra visión de todo lo que pasó.

Recuerdo que ella al principio hizo varios intentos para conseguir que volviéramos a vernos, pero el día que nos citamos para devolvernos unos objetos se lo dije claramente: *«Jamás volveremos a ser lo que éramos, el dolor que tengo dentro de mí ha apagado la amistad que nos unía. Ya no te conozco y, lo más grave, ya no me importas»*.

Después de aquello, ya no volvió a insistir, aunque me hizo ver que cada una se perdería los mejores años de la otra. No estoy tan seguro de que fueran esas décadas las más importantes. Lo que era seguro, y las dos lo sabíamos, es que, si nos perdíamos en ese instante, jamás volveríamos.

Aquel último día nos prometimos ir a los funerales de nuestros padres, maridos y también a los nuestros. En aquella época éramos tan ilusas que creíamos que nadie iba a morir. Pero la muerte llega, aunque no lo creas, y las promesas se deben cumplir.

En cada «Lo siento» de cada encuentro por cada pérdida parecía que recuperaríamos la amistad. Pero ese extraño hilo del que os he hablado, cuando se corta, jamás vuelve a unirse.

Hay personas tan especiales en tu vida que el universo te las trae, pero también te las quita. Hay que aceptarlo. Sus razones tendrá.

Jamás la odié, aunque lo que me hizo fue muy doloroso de aceptar. Compartí con ella años increíbles y momentos formidables. Eso sí, todo lo olvidas. Las emociones jamás perduran en el recuerdo. Quizá con el tiempo te traen una sonrisa o un anhelo, pero jamás retorna ese sentimiento intenso en todo su esplendor.

Troy me seguía, esta vez a bastantes pasos de distancia, y no dejaba de mirarme.

Decidí que aquel estadio ya me había cargado lo suficiente y por fin tocaba comenzar a explicarle a quienes quería proponer para el karma artificial. Pero deseaba contárselo en un lugar especial y donde residían muchos de mis recuerdos.

—¿Quieres pasear por el cementerio que hay al lado del tanatorio antes de que entre a presentar mis respetos? —le pregunté.

—Claro. —Sonrió.

No sé por qué sonrió, pero ya os he dicho que el tema de la sonrisa no lo llevaban bien y la ejecutaban en momentos inadecuados. Pero los humanos tampoco lo hemos tenido nunca muy claro. La verdad es que poco a poco iba congeniando con esa sonrisa desafortunada.

Paseamos por entre las tumbas de ese viejo cementerio que estaba pegado al tanatorio de Les Corts. No me desagradaban esos lugares, me sentía más cerca de los que habían muerto que de los vivos. Mi tiempo estaba a punto de acabar, lo presentía.

Él me miraba todo el rato de reojo. Pasamos junto a la tumba de mi padre; no le comenté nada.

—Si hubieras sabido que ella moriría antes que tú, ¿habrías hecho las paces?
—me preguntó.

—No, ella ya era una extraña. Cuando te reencuentras con alguien casi nunca lo reconoces. El cambio físico es lo más evidente, pero lo que realmente te afecta es el cambio del entorno en que os conocisteis. Si desaparece ese entorno, es como si fuerais otras personas.

»Por eso los amigos de la universidad o los del trabajo desaparecen junto con esas épocas y esos entornos. Sólo se mantienen los del colegio porque ellos conocen tus costuras internas y éstas jamás dejan de existir.

Nos sentamos delante de otra tumba que él no conocía pero que era básica en mi vida. Ésa no me importó mostrársela. Para él no era más que una lápida; para mí aquella persona lo había significado todo.

A veces me pregunto qué deben de pensar estos seres de las tumbas en esta época de diamantes bellos que simbolizan la muerte. Estoy segura de que les debe de parecer ridículo ese montón de tierra con una lápida que los corona.

—¿Quién está aquí enterrado? —me preguntó con sumo respeto.

—Mi marido. Le conocí después de que me pasara lo peor de mi vida. Consiguí que lo superara gracias a sus cuidados y a todos los libros que me recomendó.

No me alargué. Podía haberle hablado sobre lo que marido llamaba la «literatura curativa».

Recuerdo que decía que Paco Umbral había creado el libro más bello sobre la muerte de su propio hijo, que perdió cuando éste tenía sólo seis años.

Mortal y rosa era tan bello... Hablaba sin tapujos sobre lo que es estar con tu hijo en el pabellón de los enfermos, vigilar su fiebre y verle desaparecer. Mi marido creía que era el libro perfecto para superar la muerte de un niño.

También sostenía que el mejor libro para superar la pérdida de un padre era *Patrimonio*, de Philip Roth. Y tenía razón, porque es otro libro repleto de dolor que te contagia las ganas de vivir.

Para la pérdida del amor y la amistad, él recomendaba *De profundis*, de Oscar Wilde. Una clase maestra sobre el sufrimiento debido al egoísmo de otro ser humano.

Y también le agradaba ese *Mundo amarillo* de Albert Espinosa, aquel chico sin pierna que murió un 23 de abril del año 2023, un número muy profético en su

vida. Mi marido decía que era un interesante relato sobre las pérdidas transformadas en ganancias.

Yo los leí todos en una época, pero siempre creí que esos libros solamente te anesthesiaban. Una buena pérdida vive siempre dentro de ti, y debes convivir con ella, no hay atajos. Él no compartía esa opinión; amaba mucho el poder de la palabra escrita, en eso se parecía a mi padre.

Pero, bueno, ya nadie lee, ya os lo he dicho. Se dejó de leer hace veinte años. Ahora todo se absorbe. Ese implante que todos llevamos nos permite absorber y solicitar lo que necesitamos. Toda la información nos llega y la lanzamos sin necesidad ni de escribir ni de leer.

Mi marido una vez afirmó que el fin del mundo empezó cuando dejamos de leer. En eso estábamos totalmente de acuerdo. Por eso le enterré junto con sus libros amados. A mí también me gustaría fusionarme junto con los míos al partir, que sus letras impregnaran mi cuerpo.

Le añoraba mucho, con él creamos esas rutinas mágicas que sólo se consiguen tras años de compartir la vida con otra persona. Sin él, todos aquellos ritos perdieron su sentido.

Decidí que ya era el momento. Saqué de mi bolso los papeles que había escrito sobre la primera persona que quería proponer. Creo que ya tocaba, supongo que para él no sería agradable estar con una vieja en un cementerio escuchando sus batallitas.

Le entregué el sobre grande en el que había intentado reunir toda la documentación sobre aquel terrible y negro instante de mi vida. Fue el más grave y doloroso, yo sólo tenía veintitrés años cuando ocurrió y desencadenó los otros

dos hechos que también me afectaron.

A veces pienso que a toda vida le depara un terrible suceso. Solamente uno pero que condiciona todos los otros. Si no sabes de qué hablo, es que todavía no te ha llegado, pero aparecerá.

La gente vive de espaldas a esos momentos cuando lo importante es estar preparado para afrontarlos. A todos, queramos o no, se nos morirá alguien importante de la familia; todos enfermaremos de gravedad o perderemos trabajos deseados y amores eternos. Y eso no es terrible, eso es simplemente vivir. Vivir es perder lo que ganaste.

Él aceptó aquella parte de mi vida en forma de sobre y fue como quitarme un peso de encima. Le había traspasado parte de mi dolor. Me imaginé que para él sólo eran letras mal escritas en papeles que olían a lágrimas.

—Aquí lo tienes todo sobre mi primera propuesta —añadí—. La persona que propongo fue alguien que me hizo muchísimo daño. Hace unos años me mandó una carta donde puedes leer lo que me hizo. Él lo cuenta bastante bien, es su verdad pero se ajusta bastante a lo que pasó.

»También están los informes médicos de mi marido, que fue el psicólogo que me trató después de que me pasara todo aquello, y también los de la policía...

—¿Y tu versión? —indagó.

—Mi versión es difícil de contar. Duele todavía demasiado.

No le extrañó en absoluto mi respuesta. Imagino que había hablado con muchos ancianos que no podían retornar a sus dolorosos recuerdos. Para

compartir has de aceptar primero. Si olvidas, todo duele menos.

—¿Recibió castigo? ¿El karma le devolvió todo el mal que te produjo?

—No. Jamás. —Decidí pedirle un favor—. Me gustaría que no lo leyeras en diagonal, sino despacio, masticando cada palabra, por favor.

Sabía de su capacidad para leer absorbiendo únicamente la esencia. Se quedó en silencio y seguidamente asintió con la cabeza.

Me dirigí hacia el tanatorio. Dejé aquel robot con cara de niño con parte de mi vida delante de la tumba de mi marido. Todo era extraño, pero también bellissimo. Supongo que había algo de justicia divina.

Caminé hacia el tanatorio sin saber cómo me enfrentaría a los hijos de aquella amiga. ¿Qué pensarían de alguien que hace décadas que no tiene contacto con su madre pero que viene a presentar sus respetos cuando ella muere?

Cuando ella estaba viva, estos encuentros esporádicos eran sencillos. Las dos conocíamos el pacto que habíamos firmado y nos alegrábamos cuando lo cumplíamos. No había reproches.

«Reproches...» Cómo me encantaba esa canción de Ajax y Prok. Nombres dignos para robots de esta época. Al fin y al cabo, ellos son los nuevos dioses.

Mientras entraba en el tanatorio me di cuenta de que si no comprendían mi presencia allí tampoco me importaba.

Con los años he aprendido que es una pérdida de tiempo intentar convencer a gente de experiencias que no han vivido o sentido. Sólo puedes esperar que no te

juzguen. No juzgar sin comprender es un don que posee poquísima gente.

Todos creen que deben juzgar todo lo que ven.

Esperaba que Troy no fuera así y realmente pudiese comprender sin juzgar. Pero no os puedo negar que me producía pánico haberle regalado mis experiencias. Al fin y al cabo, el pasado doloroso, cuando se comparte, siempre produce pánico.

* * *

Ella se marchó hacia el tanatorio. Me gustaba mucho aquella mujer extraña.

El sobre era muy gordo. Había visto de todo, desde gente que sólo tenía su propia palabra para acusar a otros hasta los que poseían dossieres, grabaciones y hasta testigos de cargo.

Nosotros jamás debíamos implicarnos emocionalmente, únicamente debíamos interpretar toda aquella información y sacar las conclusiones para decidir si aquella persona podía ser un candidato para el karma artificial.

Decidí no leer en diagonal, como le había prometido, aunque estaba capacitado para saltarme las promesas.

La tumba de su marido contenía a un hombre de metro ochenta y cuatro. Lo enterraron con un traje azul, justo del mismo color que ella llevaba hoy. Seguramente ella se lo eligió. Había alrededor de él cuatro libros, supongo que sus favoritos. Pude reconstruir su imagen gracias a su esqueleto. Tenía cara de buena persona. Su hígado acabó totalmente destrozado, no pude averiguar bien por qué.

Me extrañó que no me dijera que su padre también estaba enterrado aquí. Pasamos por delante de su tumba cuando entramos, pero ella hizo ver que no la conocía.

No le pregunté la razón. Nos enseñaron que, si no nos contaban algo, no debíamos preguntar.

Abrí el sobre y lo primero que busqué fue aquella carta que le había enviado el hombre que le hizo daño.

Noté que estaba ansioso por conocer su dolor. Jamás había sentido esa curiosidad dentro de mí por una persona.

Aquellos papeles bien doblados y escritos con letra muy torcida comenzaban con un: «Querida Rosana...».

* * *

8

ES MEJOR AMAR QUE SER AMADO,
PORQUE UNO ES SU PROPIO ANTÍDOTO

Querida Rosana:

Perdona que te escriba. Supongo que sabes quién soy.

Sé que te debo muchas explicaciones. Intentaré expresarme lo mejor que sepa, pero me imagino que nada de lo que te cuente servirá ya de mucho. Disculpa que no firme la carta.

Quiero explicarte todo aquello porque creo que puede ayudarte a seguir el camino.

No sé por dónde empezar... Supongo que por el principio.

Choqué contra tu moto. No la vi hasta que me la encontré justo encima. No pude esquivarla, te di tal golpe que saliste de la carretera al instante.

Frené y dudé sobre qué hacer, pero hui. Nunca creí que fuera de los que huyen tras un accidente. No me criaron así.

Quizá el pánico me pudo, o la sensación de impunidad. Aquella era una carretera solitaria y estaba seguro de que nadie me había visto.

Llegué a casa y mi perro Max me saludó como si nada hubiera pasado. No olió mi pánico. Para él yo era el mismo tipo que se había marchado a trabajar por la mañana.

Le di de comer en su bol y miré mis manos esperando encontrar la sangre del crimen. Fue un acto reflejo; el asesinato lo había perpetrado con otra arma.

Fui rápidamente a ver la parte delantera del coche. Nada, ni un rasguño en el capó ni en los faros. Más impunidad.

Puse la televisión y busqué por internet. Aún no decían nada de un conductor fugado, ni tampoco sobre ti.

Aquella noche me bebí unos cuantos gin-tonics y no tardé mucho en quedarme fuera de combate.

Cuando desperté, Pax me miraba extrañado. Creo que no bebía desde que ella rompió conmigo. Ella es una larga historia en mi vida.

Volví a internet y no había ni rastro del accidente. Deseé haber soñado todo aquello, pero lo más plausible era que todavía no hubieran encontrado tu cadáver.

Siento estar tan convencido de que estuvieras muerta, pero el golpe que te di fue tremendo.

Pasaron los días y nadie te encontraba. Dejé de beber, de preocuparme y volví a ser el que era.

Pero, al volver a ser yo, sentí lo vacía que era mi vida sin aquel pánico que había llevado mi existencia a otro nivel. Tan sólo poseía el amor del perro, y ni tan siquiera era mío. Ella lo abandonó cuando se marchó. Él ya la había olvidado porque yo lo alimentaba mejor y le daba más caricias.

Yo, en cambio, no había podido enfrentarme a aquella pérdida ni volver a jugarla por nadie. A veces vale más rodear la piedra que volver a tropezar con ella. Y eso que yo siempre he creído que es mejor amar que ser amado porque uno es su propio antídoto... Ya sé, Rosana, que sólo son excusas y no sirven para justificar todo el dolor que te infligí.

Quizá por volver a sentir algo, retorné a aquella carretera. Fui de noche. Bajé por la pequeña ladera donde vi caer tu moto. La alumbré y de repente te vi, inmóvil en el bosque.

Me acerqué, habían pasado ocho días, debías estar muerta a la

fuerza, pero te tomé el pulso y noté que seguías viva.

Volvió aquel temor que había dado sentido a mi vida. Esta vez no dudé, te cogí en brazos y te llevé a mi casa.

Cuando entré, el perro te olió y al final ladró. Seguramente te husmeó tanto para cerciorarse de si eras su antigua dueña. Yo tampoco había olvidado su olor.

Te puse sobre la cama. Te quité la ropa y te lavé. Eras una chica tan bella a pesar de haber pasado una semana a la intemperie...

Y cuando estuviste desnuda y limpia, no sé por qué pero hice el amor contigo. Fue deshonesto hacerlo. No tengo excusa, discúlpame.

Tú no te inmutaste, no te diste cuenta de nada, estabas como en coma.

Busqué en internet qué se debía hacer en estas circunstancias. Me di cuenta de que necesitabas sueros y comida intravenosa. Fui a una farmacia y me lo dieron todo sin recetas ni hacer preguntas.

Tardé en encontrarte la vena, pero no fue difícil. Cuando te tuve conectada a ese extraño alimento de color marrón, rebusqué en la bolsa que llevabas cuando te encontré.

No había nada excepto un lienzo y tu móvil. Los móviles son las nuevas cajas fuertes, sabía que ahí estarían tus secretos, pero yo no deseaba saber nada de ti. Lo rompí y lo enterré.

Desenvolví tu cuadro y me centré en él, lo admiré, era muy bello. Tu arte me encantó. Ese cuadro parecía un enorme campo de rosas en plenas Ramblas de Barcelona.

Al día siguiente compré un marco bueno, se lo puse al lienzo y lo colgué delante de ti; estaba seguro de que si despertabas te sentirías

como en casa.

Las semanas pasaron y los sueros hicieron su efecto. Se te veía mejor de color. No sé por qué no te llevaba a un hospital, no hay una razón lógica. Simplemente mi vida a tu lado cobró sentido. Discúlpame nuevamente por mi egoísmo.

Cuando iba a trabajar, Pax se quedaba junto a ti. Se había acostumbrado a tu olor y hasta me avisaba con tres ladridos cuando el suero o el alimento se agotaba.

A los cuatro meses noté que estabas embarazada. Sólo abusé de ti una vez, te lo juro. Pero en lugar de entristecerme con esa noticia, me sentí afortunado. Deseaba tanto tener un hijo...

Me sentía tan cercano a ti... Has de saber que yo te hablaba y te leía libros cada noche para que te sintieses querida y cuidada. Hacía mucho que no leía, así que fui feliz al recuperar el hábito de la lectura.

Con el tiempo escogí los libros preferidos de mi propia madre, ella siempre subrayaba sus trozos favoritos y yo te los leía a ti. Muchos eran de poesía, y todos olían a sus cocidos. Siempre leía a la vez que cocinaba, y guardaba sus libros favoritos en unos estantes que compartían con los frascos de especias.

Cinco meses más tarde nació nuestro hijo. Internet me ayudó nuevamente, era una suerte vivir en una época donde toda la información estaba a un par de clics.

El parto fue más fácil de lo que esperaba. No sufriste nada en absoluto. El niño era perfecto. Le llamé Henry; te lo pregunté y me dio la sensación de que te agradaba. Fue en honor del poeta Henry David Thoreau, aquel solitario de «Fui a los bosques...». A mí, el bosque donde te encontré me había aportado todo lo que me faltaba.

Henry creció y resultó ser de fácil cuidado y pronto se encariñó de mí, de Max y de ti. También le gustaba la poesía. Espero que esté bien y

feliz. Lo echo de menos.

Le eduqué en casa porque pensé que lo mejor era mantenerlo todo en secreto.

Era muy listo, seguro que aún lo es. Henry te amaba tanto..., siempre estaba esperando que despertaras. Nunca le conté la verdad.

Creé toda una bella historia sobre cómo nos conocimos, dónde nos enamoramos y cuándo tuvimos el accidente de coche. Decidí que habíamos tenido el accidente pocos días después de casarnos cerca de Positano. Yo sobreviví y tú te quedaste en coma, pero ya embarazada de él.

Le inventé, quizá él te lo ha contado, que justo ese día era carnaval y que en aquella carretera llena de curvas del sur de Italia pasó un montón de gente disfrazada, seguida de una pequeña orquesta, y que en ese precioso momento me sacaste a bailar fuera del coche haciéndome olvidar la caravana que se había formado. Diez curvas después tuvimos

el accidente.

Era un cuento perfecto y acabé creyéndomelo yo también, aunque nunca había pisado Italia.

Pero un día ocurrió: catorce años más tarde de aquel accidente, Henry me llamó por el móvil y me dijo que habías despertado.

No me atreví a volver, Rosana. Quería hacerlo, explicarte las decisiones que había tomado por los dos.

Espero que comprendieses todo, que amaras a nuestro hijo y lo cuidaras.

No sé qué más decirte, no quise hacerte daño, sólo deseaba volver a sentir. Espero que Henry y Max estén bien y tú hayas podido rehacer tu vida.

Disculpa que no firme esta carta y perdóname.

Aún te amo.

* * *

Leí aquella carta cien veces. No exagero. Leía muy rápido, estaba dentro de mis habilidades.

Aquella historia era dolorosa. Estaba acompañada de fotos hechas por la propia policía cuando la encontraron. También había informes de su desaparición, mucha documentación policial y hasta el nombre de su secuestrador. Al fin y al cabo, aquélla era su casa.

Jamás lo detuvieron. Nunca lo encontraron. Fue hace tantos años..., la policía no era tan eficiente como ahora. Nosotros ni existíamos.

Y cuando tuvieron los medios para detenerlo, ya había prescrito el delito. Ella nunca tuvo la justicia que merecía. Sin duda era un caso de libro para aplicar el karma artificial.

Me sentía abrumado por su dolor. No podía imaginarme lo que era despertar y tener una vida diferente a la que poseías y lo que debe suponer encontrarte a un hijo que ni recuerdas haber tenido.

Lloré, tenemos esa capacidad. Nos crearon para empatizar con los sentimientos de las personas. La gente no se lo cree, por eso normalmente nos tratan como animales: ve a por aquello, trae aquello otro, haz aquello de más allá.

Bueno, es una mezcla entre animales y esclavos. Supongo que cuando la esclavitud desapareció y los perros se extinguieron,

estuvieron muchos años sin poder mandar a otros y por eso les gusta tanto hacerlo.

El tema de los perros es realmente triste. Una enfermedad acabó con todos ellos. Dicen que se la transmitió el ser humano, y ya podría ser. A veces temo que las próximas víctimas del ser humano seamos nosotros. Seguro que también nos contagian un virus.

Ya me parezco a ella y su forma de hablar. Me pierdo en los temas de una manera similar a como ella hace y me muevo en círculos antes de ir al grano. Somos muy empáticos en este sentido.

El informe no decía nada sobre su hijo. Imaginé que estaba vivo porque no había visto que ella portara ningún diamante en su cuello y su hijo era de la generación de las muertes brillantes.

No indagué. Hay un tema de protección de datos que nos impide hurgar en lo que no nos muestran.

Deseaba que saliera de aquel tanatorio para preguntarle más cosas, pero sabía por experiencia que a veces les costaba hablar de esos episodios.

Di un paseo por todo el cementerio, me entretuve visionando todos aquellos huesos.

Me entusiasmó ver con cuántas cosas los enterraban. Los aprisionaban en aquellas cajas romboides junto a objetos pequeños, cartas y hasta flores.

Había mucho amor a dos metros bajo tierra.

* * *

9

EL PASADO ES
UN PAÍS DIFERENTE

En cuanto salí me encontré a Troy esperándome en las escalinatas del tanatorio. Le noté nervioso.

—Siento mucho lo que te pasó, Rosana, quiero que sepas que ya lo estamos buscando. Es apto para el karma artificial si todavía sigue vivo —me soltó nada más salir.

Sentí alivio y dolor, pero cambié de tema. Le hablé de mi amiga. Le conté que nadie me había preguntado nada. Para ellos yo sólo era otra vieja más que venía a dar el pésame.

Justo después de ver su rostro sin vida recordé nuestros buenos momentos, los había olvidado. El cerebro es fascinante, ata lo que necesitas olvidar hasta que un día te lo desata para que puedas seguir viviendo.

Sonreí al recordarla, era la primera vez que lo hacía después de sesenta años. Quizá ella habría sentido lo mismo si hubiera sido al revés. No lo sabré nunca.

De lo que estaba segura es que no me quedaba mucho en este mundo. Los pinchazos que sentía en mis huesos desde hacía meses se incrementaron al entrar en el tanatorio. Fue como si todo mi cuerpo supiera que pronto estaría tumbado sobre uno de los mármoles de esas frías salas y me lo hiciera saber.

Hubo un tiempo, justo después de mi reclusión, en que visitaba muy a menudo los tanatorios. Allí me sentía en paz. Nadie decide ir a hacer daño a otro en un

tanatorio. Allí el juez supremo es únicamente la muerte.

Me gustaba sobre todo ver a los elegidos recibir sus diamantes. Me parecía extrañamente bello cómo transformaban toda una vida en un diamante con los quilates y el color que deseases para que la persona que te amaba te portara para siempre en su cuello.

Noté otro pinchazo. Creo que mi hígado no iba bien desde hacía meses, pero no quería ir a ver a ningún médico. No deseaba volver a estar encerrada entre cuatro paredes tumbada sobre una cama. Así me perdí casi toda la década de los noventa.

Desde que me pasó todo aquello decidí dormir poco y siempre sentía un alivio tremendo al abrir los ojos cada mañana. Las noches son dolorosas, me da pánico dormir porque temo no despertar o amanecer junto a aquel desconocido.

—¿Le duele mucho el hígado? —preguntó Troy al instante.

A aquel robot no se le escapaba ni una. Debía de tener todos sus sensores enfocados en mí. Hasta podían empatizar con tus emociones y saber tu verdad. No es que leyeran pensamientos, sino que se armonizaban con tus ondas cerebrales y comprendían tus contradictorias emociones incluso mejor que tú. Eso sí, siempre que les dieras permiso.

—Poco, casi nada —mentí.

—¿No quiere contarme nada más sobre ese episodio de su vida? —dijo con delicadeza.

Nunca nadie había llamado «episodio de mi vida» a ese infierno. Quizá tenía

razón y debía hablarle un poco más de aquello, pero en el tanatorio no podía. Necesitaba ir al lugar donde más segura me había sentido en toda mi vida.

—¿Tienes hambre? —le pregunté sabiendo que jamás tenían.

Afirmó con la cabeza.

—Te llevaré con mi hijo y te contaré su historia. Está relacionada con la que has leído y con la segunda persona que propondré. ¿Has estado alguna vez en la isla de Ischia? —indagué.

Negó con la cabeza, poca gente la conocía.

Cogimos otro de esos coches estúpidos y uno de esos transbuques que atravesaban todo el Mediterráneo en veintitrés minutos. En cuarenta minutos estábamos llegando cómodamente a Ischia, sin haber hecho ninguna cola y sin gente alrededor. Es lo único bueno de esta época: se respeta la privacidad a la hora de viajar y la ausencia de contacto con otro ser humano.

No le dije ni una sola palabra durante el viaje. Él lo respetó. Necesitaba tiempo para poder hablarle de mi hijo y de lo que me pasó después de mi cautiverio.

Al pisar Ischia me sentí más débil. Respiré lentamente muchas veces. Fue uno de los consejos que me dio mi abuela materna y uno de los que más me ha servido en esta vida. Me lo regaló una mañana de octubre cerca de Fuerteventura:

«Rosana, cuando debas tomar una decisión que cambiará tu vida, respira lentamente y disfrutando del aire de ese entorno que te modificará

para siempre.»

Sabía que hablarle de mi hijo me modificaría. Pero deseaba hacerlo. Que mejor que respirar ese aire de Ischia que tantas veces me había sanado de todos los males. Allí renací.

Ahora había mucha gente que aspiraba aires sintéticos. Los había para todo tipo de actividades o necesidades. Yo todavía me conformaba con el que nos daba este planeta malherido.

Me gustaba tanto Ischia... Era una isla de cine; en ella todavía existían los escenarios donde se rodaron las dos versiones de *El talento de Mr. Ripley* (la de Alain Delon y la de Matt Damon) y aquella maravilla de *¿Qué ocurrió entre mi padre y tu madre?* Fue también el hogar y la tumba del maestro Visconti.

Él me vio respirar lentamente y supe que se preocuparía.

—Perdón si la he presionado. Si no desea hablar más de ese episodio, podemos pasar a otro.

Pedían muchas veces perdón en comparación con nosotros. No sé bien cuándo decidían que era el momento de disculparse.

Me gustaba creer que aquel chico de trece años tenía sentimientos de los que nosotros ya carecíamos, como si ellos fueran una versión más pura del ser humano.

De repente pensé que quizá hacían todo aquello del karma artificial porque deseaban aprender de nosotros y de todos nuestros errores al final de nuestra vida.

A lo mejor todo aquello era una recompensa para ellos, un máster sobre los seres humanos y sus debilidades.

Hace años leí un libro cuyo título olvidé que decía que el pasado es un país diferente.

Quizá eso es lo que buscaban dentro de nosotros. Viajar a nuestro pasado, a ese país diferente del que podían aprender tanto a través de las palabras de seres humanos centenarios.

—Estoy bien, Troy, de verdad. Mi respiración únicamente refleja la emoción de hallarme nuevamente en esta isla —le contesté—. Comeremos en Sant’Angelo, está a diez minutos de aquí. Es mi paraíso en este planeta.

Fuimos en uno de esos campos de energía conjunta. Yo era de la época de las ruedas y siempre me producía pavor elevarme. Eso sí, llegamos en cinco minutos. Le llevé al que era mi restaurante favorito de Sant’Angelo, pero ya no existía. Es terrible cuando el tiempo destruye tus lugares. Debería estar prohibido que el progreso aniquile sitios donde se forjaron tus recuerdos personales.

Le propuse bajar a la cala que había justo debajo de mi restaurante favorito, ya desaparecido. Aceptó, al fin y al cabo comer les era innecesario y yo realmente deseaba ir a aquella playa más que nada en el mundo.

Me quedé mirando aquel mar increíble. Ese lugar seguía igual como lo recordaba, no había cambiado en absoluto. El mar no cambia, jamás.

El sol brillaba de forma espectacular, pero eso no era nada extraño, hacía tres

décadas que habían logrado domar el tiempo. Cada municipio decidía qué tiempo deseaba tener. En aquel lugar costero era verano todo el año, pero si había un tanto por ciento elevado de personas que se quejaban, el tiempo se podía modificar.

Recuerdo que mi padre decía que a veces es necesario un día de frío y lluvia para disfrutar de meses de calor, porque el cambio te ayuda a valorar lo que posees. A veces en la vida pasa lo mismo.

Nos tumbamos en la arena a tomar el sol. Creo que era la primera vez para Troy. Le expliqué que la metodología consistía en ponerse cómodo, cerrar los ojos y dejar que el sol hiciera su función. Le conté que, si además conseguías mantener una buena conversación con otra persona, el bronceado siempre era más bello. Enseguida le cogió el truco.

Me sentía bien, creo que hacía mucho que no estaba en paz conmigo misma y noté que el tiempo se paraba y las preocupaciones del pasado se desvanecían. Supongo que tenía que ver con sentirme nuevamente en mi hogar.

Al rato de tomar el sol en silencio, decidí abrirle mi alma y mantener una de esas conversaciones que ayudan a broncearse. Era duro hablar de aquello, pero deseaba hacerlo.

—No he propuesto a aquel tipo por lo que me hizo. No le odio, me dio a mi hijo y sólo por eso le podría llegar a perdonar... Le he propuesto para el karma artificial porque por su culpa perdí a mi hijo.

»Un mes después de despertar del coma vine a Ischia con mi hijo para intentar conectar con él como madre.

»Por casualidad elegí esta isla que está justo delante de Positano. El mundo inventado de su padre nos observaba desde el otro lado del mar mientras debíamos enfrentarnos a uno real donde nada nos unía.

»Mi hijo tenía tu edad y yo era una desconocida para él. No era su madre, tan sólo me había visto dormir durante sus trece primeros años de su vida.

»Me sentía tan alejada de él como ahora lo estoy de ti. Le enseñé a nadar en estas aguas, fue la primera cosa que hicimos juntos. No había podido enseñarle a hablar, ni a andar ni a tratar con extraños. Este mar nos unió, fue el primer recuerdo en común que compartimos.

»Te pareces tanto a él...

»No sé si fue buena idea pedirles que te asemejaras, que fueras su viva imagen —le dije confesando mi secreto en el mismo instante en que noté un mareo que me hizo perder la conciencia.

* * *

Ella yacía delante de mí. La ausculté y me di cuenta de que era sólo un mareo, tardaría unos minutos en volver.

La miré, le cogí la mano y me quedé pensando en todo lo que había dicho. Nunca me había parecido al hijo de nadie... Me sentí muy afortunado; me gustaba ser el hijo de aquella mujer, aunque sólo fuera físicamente.

Ella temblaba desde que habíamos llegado a Ischia. No sé si era por la emoción de estar en esa bella isla o por la enfermedad que portaba. Notaba que estaba muy enferma desde hacía tiempo y ese mareo me lo había confirmado.

Presentía que se le había activado el gen de los treinta días, ese que se activa en los humanos cuando el cuerpo sabe que morirá. Había existido siempre, pero se había descubierto hacía tan sólo dos décadas.

El cuerpo humano jamás malgasta energía en alguien enfermo, y ese gen, cuando se activa, hace que se ralentice todo el cuerpo durante el último mes de vida.

Podía corroborarlo en ese mismo momento, pero no sabía si ella estaría de acuerdo en que hurgase en su ADN. Decidí que le pediría permiso cuando volviera en sí.

Me aparté de ella cuando noté que retornaba. Sabía de sus miedos de despertar junto a alguien cerca. No deseaba alterarla. Le solté la mano...

* * *

10

EL PERRO QUE OLÍA SÁBANAS REPLETAS
DE RECUERDOS PERDIDOS

Desperté de aquel leve desvanecimiento y allá estaba él.

No era mi hijo, pero sentí una emoción semejante al momento en que volví del coma.

El instante en que vi el rostro esperanzado y feliz de un hijo al que no conocía aún perdura en mi mente. Nunca nadie había anhelado tanto que despertara. Fue chocante que alguien deseara tanto mi presencia y yo no supiese nada de él.

Troy, en cambio, se había apartado unos metros de mí para no provocarme ninguna clase de pavor. Era un ser muy inteligente, supongo que compartía eso con mi hijo, además de su aspecto físico.

—Me gustaría decirle cuánto tiempo le queda. Creo que se le ha activado el gen de los treinta días —me dijo rompiendo la magia de ese instante mientras se acercaba para ayudarme a levantarme.

Supongo que era imposible engañarle. Me miró fijamente esperando una respuesta. Mi hijo nunca aceptaba un no, y Troy parecía que también había heredado eso de él.

—Es innecesario, Troy —le respondí—. Ya hace tiempo que sé que me muero, nada cambiará saber cuándo.

Él insistió. Era igual de terco que mi hijo.

—Es indoloro. Tardaré solamente tres minutos.

—No.

Él desconocía que yo también lo era. Insistió por tercera vez. Casi nunca te pedían nada una cuarta vez.

—El saber cuánto te queda en este mundo muchas veces calma tu dolor —
sentenció muy serio.

Acepté, supongo que no quería desilusionarlo. No creo que cambiase nada dentro de mí, pero tenía razón en que en el fondo deseaba saberlo. Además, qué mejor que conocerlo en mi lugar favorito del mundo. Aquello no era un hospital, ni estaba rodeada por paredes y él no parecía un médico al uso, sino tan sólo un preadolescente con dones especiales.

Me cogió la mano y noté cómo se concentraba. Supongo que analizaba mi ADN. Se quedó en silencio y cerró los ojos.

Me acerqué a él y lo miré desde bien cerca, esa distancia que hace que la piel se divise de una manera diferente y sea parte de la personalidad de uno. Aproveché esos instantes en que él no podía verme. Era tan semejante a la piel de mi hijo... Decidí hablarle para que no notara mi nerviosismo.

—En mi juventud había perros que detectaban el cáncer por el olor. Te hubieran gustado los perros, Troy, eran mejores que muchas personas. Henry tuvo uno...

Me quedé sin saber cómo continuar. Hacía años que no pronunciaba el nombre de mi hijo en voz alta, no esperaba necesitar volver a hacerlo. Me lo prohibí hace años para poder seguir viviendo.

Creo que él no se percató; seguía con los ojos cerrados, concentrando toda su energía en mí.

Respiré lentamente, como me había enseñado a hacerlo mi abuela, y decidí que, ya que había comenzado, debía seguir hablando de Henry. Tenerlo cerca me estaba desatascando por fin.

—Cuando Henry enfermó, Max, el perro se llamaba así, se quedó todos los días al lado de su cama...

Respiré nuevamente.

—Cuando Henry murió, Max olía sus sábanas. Creo que leí una vez que las sábanas conservan tu olor durante años y por ello los perros siguen sintiéndolo... Tuve que quemarlas para que el perro no me volviera loca con sus ladridos lastimeros.

»Tiré aquí las cenizas de Henry, en estas aguas. Aquí nos unimos por primera vez cuando le enseñé a nadar y vinimos cada día mientras estuvo con vida.

»Murió de una infección por culpa de aquel cabrón que lo tuvo siempre recluido en casa y que así logró que cualquier virus fuera mortal para él. Su egoísmo por mantener oculto su sucio secreto mató a mi hijo.

»El médico que lo trató en esta isla no lo supo salvar. Podía haberlo hecho. Jamás fue bien diagnosticado, tardó demasiado en darle los antibióticos

correctos. Además, ese doctor siempre fue desagradable con nosotros. Recuerdo que un día Henry tenía muchísima fiebre, le tiré de la bata para que nos ayudara y me chilló tanto... Sé que es sólo un detalle estúpido y sin importancia, pero refleja la mierda de médico que era. Aquel día me contuve ante él por el bien de mi hijo, ahora no lo haré... Es por ello que quiero proponerlo para el karma artificial.

Busqué el segundo sobre en mi bolso, era el momento idóneo para nominar al doctor al que tanto odiaba y que no logró salvar a mi Henry. Aquel hombre con bata jamás miró a mi hijo a los ojos, jamás se acercó mucho a su cama. Ser insensible al mundo debería ser incompatible con tratar a las personas.

Troy abrió los ojos y me miró. Supongo que ya sabía cuánto me quedaba de vida, pero en lugar de aquello dijo la frase clave, la que resumía todo lo que yo sentía desde que nos habíamos conocido.

—¿Te es doloroso verme, verdad, Rosana?

Lloré. Lloré todo lo que había retenido y me había prohibido durante años. Fueron lágrimas que hacía tiempo que se derramaban en mi alma.

Tardé bastante en calmarme, agradecí que él respetara mis tiempos y decidí sincerarme ante Troy.

—Cada segundo que te miro es doloroso. Pero ese dolor es una mezcla de tristeza y felicidad. Pensaba que nunca más te vería y ahora te tengo aquí a mi lado.

»Volver a verte era el castigo que me había impuesto por no haber sabido mantenerte con vida. Pero ha resultado ser la mejor de las recompensas.

Troy me dio un beso en la mejilla. No sabía que podían hacerlo sin que se lo pidieras.

Yo le toqué la mejilla como solía hacer con mi Henry y le hice la pregunta que notaba que él no deseaba responder.

—¿Cuánto me queda?

Tardó en contestar. Era la primera vez que veía que le costaba responder a una pregunta directa.

—Dieciocho días —sentenció a los pocos segundos.

—¿Más o menos? —indagué.

—No, dieciocho días exactos.

Y entonces reí, me entró un ataque de risa. Él hizo lo mismo por empatía. Eso me dio todavía más risa. No sé cuánto hacía que no reía de esa forma, creo que debería remontarme a mi propia adolescencia.

Seguidamente fui hacia el mar y lo abandoné con mis pensamientos garabateados en papel que versaban sobre aquel médico al que tanto odiaba.

El sobre contenía, además de muchos informes médicos, radiografías, opiniones de otros médicos... Y la gran joya que lo coronaba todo era la carta de despedida que me escribió mi hijo antes de morir. Deseaba que conociese al verdadero Henry a través de sus propias palabras. Sólo sus pensamientos podían resumir mi dolor.

También había depositado dentro una foto de Henry con trece años en aquella misma playa. Fue la única que decidí conservar. El resto las destruí y las añadí a aquella almohada que heredé de mi padre para que me ayudaran a conciliar mis sueños.

Entré lentamente en su mar.

Añoraba tanto zambullirme entre su esencia...

El alma de Henry estaba en ese mar de Sant'Angelo y yo lo percibía cada vez que nadaba allí.

Sus cenizas siguen siendo para mí el mejor lecho de este mundo.

* * *

Ella entró en aquel mar tan especial. Me tendió el segundo sobre, que era más delgado, y se puso a nadar braza.

Yo me tumbé sobre la arena caliente y pensé en todo lo que me había dicho. Me estaba gustando eso de tomar el sol, me equilibraba.

Ella tenía recuerdos míos, y eso era bello, saber que mi sola presencia le portaba felicidad y tristeza era algo nuevo para mí.

En el sobre había información sobre la enfermedad de su hijo y también diagnósticos de otro médico que refutaban el del primer doctor que lo trató.

También había una foto de Henry. Me la quedé mirando. Nos parecíamos tanto... Pero os puedo asegurar que él era más guapo que yo.

Me centré en la carta de despedida de aquel chico, la leí saboreando cada palabra.

Eran mis palabras, bueno, las de Henry, pero me sentía tan cercano a él...

La letra no era buena, de niño, pero era muy bella de observar, mucho mejor que la de su padre, que era ruda, torcida y llena de tachones.

Estaba fascinado observando aquella carta. Era como tener personalidad por primera vez en mi vida.

La carta comenzaba con un «mamá» que hizo que se erizara todo el pelo de mi cuerpo. No sabía que poseía esa capacidad.

* * *

11

CAMINANTE, NO HAY CAMINO,
SE HACE CAMINO AL ANDAR

Mamá:

Me quedan pocos días. He escondido esta carta para que la encuentres cuando haya pasado un tiempo. Dijiste una vez que la gente te abandona tan rápidamente cuando pierdes a alguien que deseo que la encuentres y te ayude cuando realmente lo necesites.

Cuida de Max, sé que te costará porque es el perro de él. Pero no tiene ninguna culpa y nos quiere a todos.

No sé bien qué más decirte. Cuidate, mamá, y no llores mucho. Siento haber enfermado, no te lo mereces. También siento que el médico te gritara, sé que te contuviste por mí. Eres el ser más valiente que conozco e imagino lo que te

costó retenerlo.

Te quiero tanto... Lástima que jamás fuéramos a ver esa bella fiesta de Sant Jordi de libros y rosas a Barcelona... Guarda ese precioso vestido azul que compraste para otro momento épico de tu vida.

¿Sabes?, papá me hacía leer muchos poemas. Sé que no te gusta que hable de él, lo siento, pero es que recuerdo un poema que creo que te puede ayudar cuando yo ya no esté.

Es de Antonio Machado, sus versos me ayudaron mucho cuando no te tenía conmigo. Nunca te he hablado mucho de ello, pero supongo que imaginas lo duro que es crecer y pensar que tu madre nunca despertará.

Siempre me ayudó este poema, por eso te lo regalo:

Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.

Al andar se hace el camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.

Siempre que lo leía pensaba que Machado no hablaba sólo de que el camino se hace «al andar», sino también al volver la vista atrás y ver la senda que no has de volver a pisar.

¿Lo comprendes, maní? La senda que no has de volver a pisar es también camino. Eso siempre me ayudó.

No vuelvas a esa senda, mamá, acéptala, no

pienses más en todo aquello. Es sólo camino ya hecho, y nosotros somos caminantes.

Tú eres mi caminante preferida de este mundo. No te rindas, prométemelo.

Este año caminando junto a ti ha sido increíble. Me he sentido tan cuidado..., me has devuelto trece años en uno. Eres todo lo que esperaba de ti cuando te veía inmóvil.

Tener una madre que te quiera hace que todo cobre sentido.

Entiérrame en Sant'Angelo, no quiero ser un diamante, no quiero que me portes, ya llevas demasiado encima.

Y báñate una vez al año conmigo, no más. Prométemelo.

Ah, y no dejes nunca de pintar. Me encantaría que hicieras un retrato mío cuando partas, siempre te lo quise pedir y se me olvidó. Será una manera de seguir juntos.

Te quiero, te adoro, te amo.

HENRY

* * *

Me encantaba ese lenguaje que Henry utilizaba y que seguramente había logrado leyendo libros. Todas las personas que rodeaban a aquella mujer eran grandes lectores. Esa bella carta era una despedida perfecta, pero me imaginé que a ella leer aquello la había destrozado.

La observé nadando y me di cuenta de que estaba disfrutando de su pequeño. Él estaba allí, su esencia estaba en ese mar, y bañarse era como recuperarlo.

En el sobre había muchos datos técnicos que demostraban el error de ese médico al diagnosticar el virus que acabó con Henry. Sin duda hubo dejadez.

La demanda que ella interpuso no prosperó por el típico corporativismo entre médicos. Había miles de víctimas del karma artificial que eran doctores.

Lo analicé todo a consciencia y no me quedó duda de que los datos eran correctos: aquel hombre había fallado estrepitosamente. Era un candidato aceptable para el karma artificial.

Pero extrañamente aquello me importaba poco; no sé por qué pero tenía la imperiosa necesidad de entrar en aquellas aguas. Deseaba bañarme junto a mi madre y disfrutar de la esencia de quien fui.

Sé que no tenía sentido hacer eso, pero dejé los papeles y me lancé de cabeza en el mar. Noté una sensación parecida al miedo cuando entré, pero supongo que sólo era la adecuación de mis circuitos a la temperatura de esas aguas. Ella me miró, me sonrió y el miedo se esfumó.

No sé cuánto tiempo estuvimos nadando juntos, lo único que os puedo decir es que fue la primera vez en la vida que disfruté en compañía de un ser humano.

* * *

12

BORRA LO QUE PESA
PARA SALIR A FLOTE

Había disfrutado de aquel baño junto a él. Había sido como recuperar por unos instantes al hijo perdido. Aunque no me engañaba, él no era Henry pero me hacía sentir mejor conmigo misma.

Troy me preguntó sobre la pintura que hice a mi hijo. Esa promesa de su carta que incumplí y que entoncaba con la tercera persona que quería proponer.

La casa donde viví el último año con Henry estaba cerca de esa cala. Decidí llevarle allí para explicarle la razón de mi promesa incumplida. Allí tenía también mi pequeño estudio de pintura. Todos los cuadros se quedaron atrapados en aquel lugar. Cuando murió Henry, los abandoné.

Fuimos andando, de camino compré un poco de comida, deseaba hacerle mis famosos espaguetis *alla vongole* a la mantequilla, aunque no sabía si los disfrutaría. Era el plato favorito de Henry.

Ver aquella vieja casa supuso un golpe en mi alma, la tenía casi olvidada. La abandoné precipitadamente después de la muerte de Henry en aquel horrible hospital.

La llave estaba todavía en el agujero de aquel olivo en el que Henry la dejó la última vez antes de marcharnos hacia el hospital. Le entusiasmaba meter su mano dentro del tronco y encontrar su llave.

Quizá por ello y para no tener que ser yo quien la sacara, le pedí a Troy que la

cogiese. Su cara se iluminó de manera semejante a la de Henry al encontrarla. Las personas que se parecen siempre sonrían de forma similar.

Henry sonrió hasta el último instante de su existencia. Sufrió, pero fue muy valiente. Siempre lo fue. Sus últimas horas de vida las pasé velándole junto a su cama en el hospital. Fue como devolverle las miles de horas que él había pasado a mi lado. La vida es absurdamente cíclica.

Le preparé con mimo el plato favorito de mi hijo. Se lo comió en un santiamén y diría que le gustó porque hasta repitió. La verdad, yo también disfruté comiéndolo, hacía muchas horas desde aquel café amargo.

Me encontraba mucho mejor. Quizá Troy tenía razón y conocer tu final te recuperaba físicamente.

—¿Puedo ver tus pinturas? —me preguntó.

Pronunció la misma frase que le había escuchado decir a mi hijo hace tantos años.

Asentí y le llevé al estudio. Supongo que él deseaba saber por qué había abandonado la pintura. La respuesta era sencilla: cuando perdí a Henry, con él marcharon mis ganas de retratar el mundo.

Ya nunca nada más me pareció bello. «Borra lo que pesa», me aconsejó una vez mi marido. Así que borré la pintura porque pesaba demasiado en mi vida y me impedía salir a flote.

Abrí la puerta del estudio y recibí una bofetada de olor de pintura estancada en mi rostro. Supongo que era su manera de castigarme por abandonarlas tanto

tiempo.

Troy entró conmigo. Lo agradecí. La última vez que había estado allí fue con Henry, y sólo junto a él podía volver a pisar aquel estudio.

Abrí todas las ventanas. En aquella pequeña sala estaban todos mis cuadros, desperdigados sin ningún tipo de orden.

Se podría decir que mi primer mundo estaba allí. Y tu primer mundo no deja de ser el único que posees, después sólo haces pequeñas variaciones. Uno nace con un único mundo, y si tiene algún don puede llegar a plasmarlo en algún formato.

Mi mundo se componía de personajes pequeñitos, sin rostro, casi diminutos y siempre en contraposición con lugares inmensos.

Ése era mi mundo, mi forma de ver las cosas. Así me sentí siempre, toda mi vida, diminuta en comparación con el resto del mundo.

Cuando volví a pintar después de mi reclusión no deseada, todo cambió. Aquellos muñequitos dejaron de ser insignificantes y se convirtieron en justicieros. Me di cuenta de que la mayoría de las personas de este mundo abusan, son leones educados por leones y desean sobrevivir a toda costa. Por eso ahora sentía que esos justicieros que pintaba los vigilaban y combatían cualquier injusticia que se produjese. El odio y la rabia se había apoderado de mi arte. Como os comentaba, pequeñas variaciones de ese primer mundo.

Supongo que mi mundo viró de la misma forma que yo. Mi bautizo de odio salpicó mi arte.

Y presidiendo una esquina estaba el máximo exponente de mi primer mundo, el cuadro que llevaba en la motocicleta el día del accidente.

A mi hijo le gustaba admirarlo porque formaba parte de su vida, de su entorno. Había crecido junto a él.

En él se veían las Ramblas en plena ebullición, y la gente simbolizaba un campo de rosas. Ese cuadro estaba lleno de felicidad, reflejaba toda mi inocencia y mi forma de ver ese día tan especial repleto de libros y flores en Barcelona. No me extrañaba que le encantara aquel cuadro a un niño tan vital como Henry.

Troy miró todos los cuadros con asombro y amor. Cuando digo todos, me refiero a todos. Estaba absolutamente fascinado.

—Son muy bellos. Son obras de arte. —Suspiró.

No sé qué sería para él la belleza.

—No sé si se les pueden llamar obras de arte. Además, mi arte fue robado...
—dije para mis adentros.

Había decidido hablarle de aquella tercera persona que me hizo daño. Quizá era un dolor muy diferente al que me habían infligido aquellas otras dos personas, pero no dejaba de ser una emoción muy intensa en mi vida.

—Aquellos años que pasé en cautiverio hicieron que mi arte quedara huérfano. Y un buen amigo, que al final resultó no serlo, robó mi mundo.

»Se hizo famoso con mis ideas al presentarlas al mundo como si fueran suyas. Mis muñequitos, mis espacios grandes y mis sombras quedaron en manos de

alguien que no las había creado.

»Lo descubrí cuando desperté, fue otro efecto secundario de aquellos años perdidos.

—¿Te robó tu mundo? —replicó con dolor.

—Sí, puedes buscar sus cuadros. Son tan semejantes... La diferencia es que estos lienzos que ves aquí no valen nada y los suyos valen millones si llevan su firma.

—¿No le demandaste?

—Era el menor de mis problemas en aquellos años. Tenía que recuperarme primero y, cuando lo hice, perdí a mi hijo y todo me dejó de importar. Absolutamente todo.

—No está bien robar lo que no es tuyo —musitó sin dejar de mirar mis cuadros.

Noté que estaba comparando internamente mis lienzos con aquellos otros cuadros. Seguro que los encontró rápido, aquel tipo se había hecho muy famoso.

—Deberías haber presentado una demanda —dijo enfurecido tras darse cuenta de las similitudes.

—Mi hijo decía lo mismo y con tu misma vehemencia. No sé por qué no lo hice, creí que un día el karma le devolvería todo el mal de haber robado lo ajeno...

»¿Sabes?, lo más doloroso de aquel robo no fue el tema del dinero o la fama sino que mi mundo era privado, no tenía previsto mostrarlo a nadie. Mis pinturas me equilibraban. Era mi decisión cuándo hacerlas públicas, y él me robó ese derecho. Me han robado muchas cosas sin mi permiso en esta vida...

No le hablé más sobre ese episodio de mi vida, era suficiente y creo que para él también.

En este caso no tenía sobres ni ningún tipo de documentación. Sólo mi palabra y aquellas decenas de cuadros. Esperé que fuera suficiente.

Le miré el rostro. Jamás pinté a mi hijo, incumplí aquella promesa. No lo hice porque no quería captarlo desde la memoria, tenía que haberlo hecho cuando él estaba vivo porque sólo allí estaba su esencia. También falté a mi compromiso de seguir pintando.

Debía comenzar a cumplir mis promesas. Así que me atreví y se lo pedí. Lo necesitaba.

—¿Puedo pintarte? Por favor...

Noté que aceptaría. Creo que entendía a la perfección por qué deseaba hacerlo.

—Será un honor, además nunca he salido en ninguna obra de arte —respondió visiblemente emocionado.

Sonreí y me puse manos a la obra. Intentaría que fuera mi mejor cuadro. Le pedí que no se moviera durante una hora, sabía que para él eso no sería ningún problema.

Estaba muy nerviosa, hacía muchos años que no cogía un pincel y, aunque pintar no se olvida, es como ir en bicicleta, cuando lo has abandonado te cuesta mucho volver. Me temblaban las manos.

Él sonrió. Noté que deseaba que le captara sonriendo. Le pedí que saliéramos al exterior, quería que el paisaje de Ischia y el mar amado en el que perduraba mi hijo formasen parte de aquel retrato.

Sería la primera vez que un personaje de mis cuadros tendría rostro. Y esta vez estaría a la misma altura del paisaje. De igual a igual. Sin desequilibrios. No sería un justiciero ni un solitario.

Cuando encontramos el lugar perfecto, él volvió a sonreír y yo comencé a pintar.

A los pocos segundos noté que su quietud era extraordinaria. Me di cuenta de que se había ido de aquel cuerpo y que allá únicamente estaba la esencia de mi hijo.

Supuse que estaría hablando con las personas que yo había propuesto. Conocía la capacidad que poseían de estar en diferentes lugares a la vez.

Agradecí que no me contara que se marchaba, me imaginé que no deseaba romper aquel instante y que nada distrajera mi concentración. O quizá se había ido porque deseaba dejarnos esa intimidad entre el cuerpo y el rostro de un hijo y el alma de una madre que jamás había superado aquella pérdida.

Me acerqué a él y le olí. Me quedé quieta junto a él, recorriendo e aspirando su rostro. Le besé por toda aquella cara que tanto añoraba.

No había dudas que volver a tenerle era un castigo que se había convertido en mi bendición.

13

LOS REMORDIMIENTOS DESAPARECEN
SI CREES FIRMEMENTE
EN TUS MENTIRAS

* * *

Marché para darle intimidad. Sé que lo necesitaba, yo habitaba en aquel cuerpo y sin mí la pintura tendría más verdad. Sé cuánto significaba para ella esa carcasa.

Aprovecharía para hablar con aquellas tres personas propuestas.

En doce minutos tendría una réplica de este cuerpo en los lugares a los que iba. Somos muy eficientes haciendo copias. Pedí que fuera la misma, la de ese niño de trece años; me gustaba cómo era y nunca antes había sentido algo similar, las carcacas siempre eran lo de menos.

Había decidido hablar primero con el pintor y después con el médico. A su secuestrador aún no lo habíamos localizado porque seguramente había cambiado de identidad, pero era cuestión de tiempo. Esperaba que en un par de horas supiéramos dónde vivía si no había muerto ya.

Me trasladé a una isla privada de Miami para ver al tipo que le robó su forma de pintar. Siempre islas, era increíble aquella coincidencia.

En seis minutos estaba allí con mi carcaca de Henry. Fue fácil entrar en su mansión. El karma artificial abría todos los caminos porque al fin y al cabo nosotros los vigilábamos.

Me contó el vigilante de seguridad que había tenido suerte porque

el pintor se marchaba a Obama a finales de semana. Obama era un planeta idéntico a la Tierra al que le habían puesto el nombre de aquel presidente pionero al que perdimos el mismo día que descubrimos este planeta. Mucha gente rica iba allí porque querían crear una nueva Tierra.

Muchos habían marchado hacia Obama en los últimos años, pero ninguno había llegado todavía. Todos estaban viajando. Tan sólo nosotros estábamos ya allí preparándolo todo. El viaje duraba cincuenta años, pero sólo envejecías cinco en tu cuerpo.

Curiosamente las primeras personas tardarían más tiempo en llegar que aquel pintor, que iría treinta años más tarde. Cosas de la tecnología, ahora en doce años se lograba el objetivo.

Qué triste pensar que vas a ser colono y, cuando despiertas, descubrir que llegas tarde. Aunque a veces así es la vida. He descubierto que hay humanos con suerte y otros que nacen estrellados. No tiene nada que ver con su software, es una simple cuestión de suerte.

La mansión del ladrón estaba repleta de esos cuadros de personas pequeñas en escenarios gigantescos. Pero los suyos eran diferentes a los de mi madre, todo era impostado, como si faltara una razón o un sentido. Aquel hombre no había vivido lo que depositaba en esos trazos robados. No había alma, no sé explicarlo mejor.

Cuando nos encontramos, ya le habían contado quién era yo.

—Me han propuesto, ¿verdad? —fue lo primero que dijo al verme.

No me saludó, casi nunca nos daban la mano.

—Sí.

—¿Es ella, verdad? La dama que cree que le robé su mundo —dijo al instante.

—Ajá —respondí.

No me gustó que la llamase «dama», sonaba despectivo. No tenía muchas ganas de hablar con él, pero mi obligación era escuchar su versión.

Me invitó a salir a la terraza. No sé por qué a la gente le fascina tanto tener conversaciones en el exterior.

Allá tenía una piscina enorme con vistas al mar pero, comparado con Ischia, aquello no poseía ninguna belleza. Aquel hombre vivía rodeado de copias.

—Envidia lo que tengo —dijo justificándose—. No le robé nada, absolutamente nada.

—Ajá.

Era normal que se defendiera. Nadie aceptaba las culpas, todos mentían o se excusaban cuando les explicabas que habían sido propuestos.

—¿Le robó la idea? —Decidí ser directo.

—No. Digamos que la tuvimos a la vez —me respondió—. Siento mucho lo que le pasó, nadie se merece todo lo que ella vivió. Éramos amigos, supongo que se lo ha contado. Yo no le robé nada, se volvió un poco «loca» después de aquella experiencia traumática.

»No niego que sus cuadros son parecidos a los míos. Pero ella no triunfó porque no tenía ambición, no habría llegado lejos. ¿Qué es crear si no hacer grande una ambición personal?

No me creía ni una palabra. Me asqueaba ese tipo, pero debía seguir haciendo mi trabajo. Tenía que dejar que se explicara, aunque no compartiera sus pensamientos.

—Ella me contó por qué comenzó a pintar esos cuadros. ¿Cuál fue su razón?

—No tengo un motivo concreto. Renoir dijo una vez que cuando se les acabó el negro nació el impresionismo. No sé si lo puedes entender, ¿tenéis capacidad para comprender la belleza de los cuadros?

Siempre nos infravaloraban. Era como un divertimento para algún tipo de gente.

—¿Cómo está ella? —dijo y por fin percibí algo de emoción en aquella pregunta.

—Muriéndose —respondí sinceramente.

Noté que se quedaba descolocado. Entró nuevamente en casa y salió con un pequeño cuadro de un hombrecito como los de mi madre que estaba en una encrucijada y dudaba sobre qué camino coger. Me lo tendió.

Curiosamente me había dado el más pequeño de todos. Creo que aquello no fue una simple coincidencia.

—Dáselo a ella. Le servirá para que su familia viva bien el resto de su vida.

—No tiene familia —repliqué—. Además, no lo querrá, los suyos son mejores.

Creo que le ofendí, pero hizo ver que no. Sabía fingir bien.

—No te creas. El dinero lo cambia todo y a todos. Aceptaré —replicó a su vez.

Me lo volvió a ofrecer. Quizá tenía razón, el dinero era algo extraño que los modificaba a todos, lo había visto cientos de veces. Lo cogí y pensé que ella ya decidiría qué hacer.

—Noto que la crees más a ella que a mí. ¿Puedo saber por qué? —me preguntó.

—¿Quién espera cien años para que el karma artificial haga el trabajo que no hizo el natural? La respuesta es sencilla. Sólo alguien que tiene la verdad de su parte y un dolor infinito acumulado.

No replicó nada más. Supongo que él tenía su verdad y se aferraba a ella porque los remordimientos desaparecen si crees firmemente en tus mentiras.

Podría entrar en su cabeza con la empatía. Era una cualidad bella que poseíamos. Empatizar con su emoción y saber la verdad de cada persona. Pero eso tan sólo se hacía al final. Si era el elegido y él apelaba, entonces comprobábamos su verdad. Nunca nadie había ganado una apelación.

Le marqué con la peca azul. Era como un tatuaje con un láser que provenía de nuestra mirada. Él la aceptó. A partir de ese instante todo el mundo sabría que él no era de fiar, esa era la idea. Aquella era una marca terrible en la Tierra, pero creo que en el planeta al que iba importaría poco.

Antes de marcharme apareció su abogado. Era uno de nosotros, seguramente él lo había llamado. Me tendió un papel, era su inscripción como ciudadano de Obama. Aquel certificado inhabilitaba su nominación para el karma artificial porque oficialmente pertenecía a otro mundo.

No tuve más remedio que aceptarlo, aquello lo hacía inmune. Sí, no os lo he contado, pero existen muchos aforados que no pueden ser ejecutados. Odio que sea así, pero los humanos siempre crean clases superiores para salvar el culo.

Me fui a ver al médico. Esperaba tener más suerte.

No tardé ni diez minutos en llegar a donde estaba. Vivía en Elba,

una isla cercana a Córcega donde Napoleón tuvo su retiro dorado. Aquel hombre llevaba una vida semejante.

Estaba retirado por mala praxis. Ya no era cirujano sino canguro de un cirujano robot. Él tan sólo se encargaba de informar a la familia de una muerte o una complicación, sólo hacía eso, ya ni operaba. Siempre me ha hecho gracia que los humanos hablen de complicaciones cuando están hechos para estropearse.

Se suponía que ese trabajo lo hacía él porque nosotros no teníamos tacto. Había muchos trabajos en los que ellos nos acompañaban para que le dieran ese toque humano que yo siempre creí que no aportaba mucho. Y en este caso tenía razón, sus estadísticas demostraban que él era nefasto contactando con otros humanos, mucho peor que nosotros.

No había tenido una buena vida. Su familia le había abandonado, su salud estaba muy deteriorada y laboralmente era un fracasado.

Le expliqué que le habían propuesto. No se sorprendió en exceso. Era su segunda nominación, como demostraba la peca azul que coronaba su rostro. Una nominación más y sería ejecutado aunque no fuese elegido.

No le interesé en absoluto, conocía el procedimiento y sabía que yo sólo era un mensajero. No se molestó en preguntarme nada ni en mostrarme su verdad.

No era una buena persona y el universo le había tratado fatal. Sabía que aquello equivalía a que el karma había hecho de las

suyas. Si la vida te trata mal significa que el karma ha actuado y entonces nosotros no podemos hacer nada. Odiaba aquellas reglas. No sabía cómo le diría todo aquello a ella. Supongo que esperaría a que encontráramos al secuestrador, seguramente ése sería el elegido.

El doctor no me reconoció cuando me vio. Supongo que había olvidado todos los rostros de los niños que no había curado. Borrados selectivos de los humanos para sobrevivir.

—Seguro que ha sido la madre de un niño. No saben superarlo. Pero supongo que eres consciente de que mi mierda de vida no os permite hacerme nada —dijo de forma despectiva antes de dar media vuelta con intención de marcharse.

Le cogí de la bata como había hecho mi madre y cuando se giró le escupí. Después le marqué con la peca roja. No le puse anestesia ni nada.

Él no se inmutó, le habían escupido bastante en esta vida y había recibido mucho dolor sin anestesia.

Supongo que la esencia de Henry estaba creciendo dentro de mí.

Visité aquel hospital repleto de niños enfermos en la isla de Elba antes de irme. Había niños que sufrían bastante. Tenían aquella nueva enfermedad, la que había llegado después de que encontraran la cura del cáncer.

Yo creo que todas las enfermedades mortales se parecen, los

humanos les cambian el nombre para sentir que su siglo tiene una diferente. La peste, el cólera, el cáncer y ahora esta que no dejaba de ser una mutación con traje reluciente para que sintieran que su época era importante. La diferencia es que esta enfermedad tenía su origen en haber comido carne de animales. Al final éstos habían sido los únicos ganadores, ya nadie se atrevía a darles un bocado.

Miré a aquellos niños, el dolor que soportaban era enorme. El dolor jamás ha remitido. Los humanos aún siguen sintiéndolo. Eso no lo podemos solucionar.

Me quedé observando a un niño que tenía trece años y que se asemejaba mucho a Henry. Lo cuidaban sus padres. Le quedaba muy poco tiempo de vida a no ser que tomase un medicamento fuera de su alcance económico.

Lo tuve claro, decidí que enviaran a aquella familia el cuadro que se bifurcaba en dos trayectorias. Estaba seguro de que con lo que sacaran con su venta podrían proporcionarle un nuevo camino a aquel chico. Estaba convencido de que ella estaría de acuerdo con mi decisión.

Después volví a Ischia junto a mi madre. Al llegar noté que ella ya estaba acabando de pintarme.

Su rostro había cambiado, era otra persona; me quedé sorprendido. Imaginé que ése era el poder de tener un don y ponerlo en práctica.

Me moría por ver mi retrato.

Cuando me lo mostró me di cuenta de que ya no estábamos separados, éramos parte del otro. Nuestros mundos se habían fusionado. Nuestras voces habían congeñado a través de su arte y a partir de ese instante caminaríamos siempre juntos.

* * *

14

EL AMOR ES INCENDIARIO
EN TODOS LOS SENTIDOS

* * *

Decidió volver a Barcelona después de la sesión de pintura que habíamos compartido. Ella tan sólo se llevó consigo aquel cuadro que me acababa de pintar. Lo envolvió con sumo cuidado porque la pintura todavía estaba fresca.

Cerró el estudio y depositó la llave en el tronco del olivo. Recordé que nadie había lavado esos platos donde habíamos comido los vongole, pero supongo que ella deseaba que fuera así.

Ella quería llegar a las ocho de la tarde a la Ciudad Condal. Decía que era la hora perfecta para disfrutar de la fiesta de Sant Jordi. Llegaríamos con el barco justo al puerto y subiríamos por sus amadas Ramblas en plena ebullición. Tanto me había hablado de aquella celebración, que ya me habían entrado ganas de disfrutar de esa fiesta.

Me preguntó, como de pasada, por las personas que había propuesto. Le dije que había visto a dos: no me extendí ni le comenté que habían sido desestimados. También le transmití que al secuestrador lo encontraríamos en poco tiempo. Confiaba en ello.

No cogimos un transbuque sino un barco que iba a una velocidad más lenta. Ella quería disfrutar del viaje de vuelta. Durante el trayecto gozamos de nuestra compañía sin necesidad de hablar. Ya me había acostumbrado a esos silencios.

De repente, a medio camino ella rompió el silencio. Sabía de antemano que aquella conversación desembocaría en su decisión sobre el karma artificial. Esperaba que fuera el secuestrador. No deseaba desilusionarla. Realmente notaba que nos estábamos fusionando.

* * *

Decidí hablarle a Troy de la peca azul a medio camino. Creo que era el momento perfecto. Él casi no me había hablado de mis personas propuestas. Quizá habían muerto. Ya me lo contaría a su debido tiempo, no quería presionarle.

Me sentía totalmente diferente... Pintar aquel cuadro, cumplir la promesa que le había hecho a mi hijo, me había equilibrado.

Disfrutaba del viaje a la velocidad perfecta, en consonancia con el siglo en el que nací en aquel mar que seguramente portaba parte de mi hijo.

—No puedes caer bien a todo el mundo —dije señalándome la peca azul.

Noté que él sabía a lo que me refería. Creo que había visto mucho dolor y se había dado cuenta de que a menudo éste era imposible de comprender.

Estaba seguro de que él no sabía nada de mi peca azul. Podía haberlo averiguado mirando los informes, pero seguramente prefería que yo se lo contara. Imaginé que entre ellos lo simplificaban todo al máximo. Por eso quise darle muchos detalles.

—Trabajé un par de veranos en un restaurante de una isla turística —comencé

a contarle—. Era camarera; en aquella época vosotros aún no existíais. No era ni buena ni mala. Los buenos camareros se notan a la legua, gozan de su profesión.

»Puede parecer que no, pero dar servicio a otros requiere de una pasión infinita que sólo nace de la vocación.

»Para mí era sólo un trabajo de verano. Recuerdo que quedaban pocos días para marchar de aquel lugar, un treinta de septiembre nos metían a todos en un barco y volvíamos a casa.

»Era el segundo año que hacía ese trabajo. Me gustaba aquel barco de retorno, se respiraba esa extraña pasión por el servicio que tenían algunos elegidos.

»Sin nosotros, aquella isla veraniega quedaba desierta, como melancólica. Los siguientes en huir de aquellas zonas turísticas eran los gatos sin dueño, porque no tenían con qué alimentarse sin nuestras sobras.

»Me encantan las estaciones humanas que tienen las islas. Nunca disfrutarás de la misma forma de una isla dos veces en tu vida.

»Pero, por razones de la vida, esas que son incongruentes en nuestra existencia, decidí no coger aquel barco y quedarme como si fuera un gato extraviado que había perdido su buen olfato.

»Encontré trabajo en un bar perdido en el centro de la isla. Casi nunca había nadie en aquel local.

»Un día de invierno, cercano a la Navidad, a lo mejor era el mismo día de Navidad, no lo recuerdo bien, pero da lo mismo... Ese día entró un chico joven, debía de rondar los veintitrés años, y pidió infinitos whiskies. Nada que yo no

viese muy a menudo. Las islas son complicadas según qué viento sopla.

»Pero lo novedoso fue que cuando estaba muy borracho y a punto de irse me dijo que su matrimonio había fracasado y que se iba a suicidar. Me agradeció la valentía que le había proporcionado en forma de bebida alcohólica.

»Era pleno invierno y sólo estaba yo regentando el bar. Sabía que, si no se lo impedía, él cometería aquella locura.

»No le dejé marchar, le intenté convencer pero insuflar vida a alguien que no la desea es casi imposible. Cuando desconectas de este mundo es muy complicado encontrar la forma de reconectarte.

»Al final, le convencí para que invitara a su mujer a cenar. Le dije que la llevara aquí, que quizá una cena íntima lo arreglaría todo. Él aceptó enseguida. No sé si por la borrachera o porque necesita agarrarse a cualquier clavo ardiendo.

»Yo no era muy buena cocinera, pero me apliqué todo lo que pude.

»Llegaron una hora más tarde. Estaba claro que ella iba obligada, pero a él le noté que confiaba ciegamente en mi idea.

»Desde el primer plato vi que aquella unión estaba destinada al fracaso. No tenían nada en común y además ya no se respetaban. Cuando pierdes el respeto, ya no queda nada.

»El amor se consume y, si no lo aceptas, te consume a ti. Es incendiario en el peor sentido de la palabra.

»Cuando me llevaba los primeros platos, ella le recriminó que se empeñara en amarla. Quizá fue una de las frases más terribles que he escuchado en mi vida.

»En el segundo plato casi llegan a las manos y tuve que poner paz. Ambos eran complicados.

»Puse un tema de Elvis Presley que siempre me había parecido sanador: “Blue Moon”. Elvis lo canta con un ritmo tan suave que parece una nana para niños rebeldes inconsolables. Y aquel par lo eran.

»Funcionó, hasta bailaron juntos durante un par de minutos. Bailaban genial, era bello verlos danzar. Mi madre decía que los que se aman bailan mal juntos porque es imposible estar cerca del amado y concentrarte en nada que no sea disfrutar de la otra persona. Supongo que ellos bailaban bien porque el amor se había fugado.

»Antes de que pudiera servir los postres, ella le amenazó con que, cuando él volviera a casa, ella ya no estaría y se marchó.

»Él volvió a los whiskies. Y sentí que lo perdía. Yo lo había precipitado todo en lugar de arreglarlo. Estuvimos tres horas bebiendo juntos.

»Pero lo cierto es que durante todo ese tiempo no supe cómo ayudarlo. Él la amaba y yo había perdido la capacidad de comprender el amor hacía mucho tiempo. Y no amar te inhabilita para comprender ese sentimiento y empatizar con él.

»Murió cinco minutos después de marcharse de mi bar. Se lanzó debajo de un camión. Supongo que fue el primer vehículo con el que se tropezó.

»Su madre, al cumplir los cien, nos propuso a mí, al camionero y a su nuera para el karma artificial.

»No sé por quién se decidió, pero te aseguro que en aquella época, sí me hubiera elegido, quizá habría sido lo mejor. Yo era muy infeliz, pero le había prometido a mi hijo que jamás tiraría la toalla y aquella promesa nunca la incumplí.

* * *

Se hizo un silencio que me pareció repleto de emoción. No pregunté nada más. Supe que no necesitaba hablar más del tema. En pocos minutos me explicaría su elección sobre el karma artificial. Contar anécdotas antes de enfrentarse a un tema doloroso era algo típico en los humanos.

Esperé pacientemente. Pensé en ese hombre joven desolado por el amor. Ahora no necesitaría saltar debajo de un camión porque el suicidio es legal.

Creo que los pensamientos que yo tenía en ese momento eran semejantes a los de ella. Iba a moverme en círculos para volver al mismo sitio. Nos estábamos sincronizando.

Y es que me apetecía reflexionar sobre el hecho de que ahora todo era más fácil en lo referente a quitarse la vida. Y lo sabía de primera mano porque yo había sido conciliador de suicidios.

No juzgo que la gente se quiera suicidar. Cuando me adiestraron, me dejaron claro que los humanos son mejores que nosotros. Y que,

aunque no les comprendiéramos, eso no significaba que no tuvieran razón.

He descubierto que lo que más les gusta a los humanos es sentirse mejor que otros humanos. Estoy seguro de que con el paso del tiempo inventarán un nuevo tipo de robot superior a nosotros y así ellos se sentirán mejor.

A mí realmente no me importa que alguien se sienta mejor que yo. No sé de qué sirve ni qué te aporta. Pero, bueno, supongo que es porque los humanos no están bien confeccionados.

La miré. Ella no se sentía mejor que nadie, no se comparaba con los demás, por eso me gustaba tanto.

Me gusta más este trabajo que tengo ahora que el anterior. Como os he dicho, antes era un conciliador de suicidios. No tenía esta carcasa. No era tan joven y dulce. Era un tipo de unos cuarenta y cinco años con rostro ajado y malhumorado. Me dedicaba a conciliar a los que deseaban morir, como aquel chico que se lanzó bajo un camión porque ya no le amaban.

En definitiva, los dos trabajos se parecían. Todo consistía en escuchar, pero en lugar de a una persona, allá tenía que estar atento a lo que me contaban doce. Cada uno daba sus motivos por los que deseaba dejar de vivir. La muerte sacudiría al que tuviera mejores razones, si es que ninguno de los demás lo podía solucionar.

Si tu razón para marchar es que no podías tener hijos pero alguno de los once restantes te podía dar el suyo, entonces se recolocaría

aquella criatura, siempre que el niño fuera menor de seis años.

Si el problema que te preocupaba era el dinero, se solucionaba fácilmente porque te recolocábamos la cuenta corriente de alguno de los otros.

Si tus carencias eran emocionales, seguramente tu fin estaría cerca. No se puede recolocar el amor de otra persona. Está prohibido.

Una vez salvé a diez personas con los bienes de sólo dos. Fue mi mejor día como conciliador.

Pero lo abandoné hace años. Me dolían mucho los oídos y dejé de ser un buen conciliador. Cuando digo que me dolían los oídos, me refiero a que realmente dejé de escuchar. Tenemos esa capacidad si algo nos agobia demasiado.

No sé si hubiera podido salvar a ese chico borracho de esa isla estival. No sé si a ella le serviría de algo que le contase todo eso. En realidad, esos pensamientos eran círculos sin valor, anécdotas que no sé si ella apreciaría porque pertenecían a otros. Tenía poco pasado mío propio para compartir.

No le dije nada, estaba seguro de que en pocos instantes iba a darme su veredicto final sobre el karma artificial.

La miré y supe lo que iba a decir. No sé por qué, pero me avancé a su decisión.

* * *

—¿No elegirás a nadie para el karma artificial, verdad, Rosana? —me preguntó adelantándose a mis pensamientos.

—No, los salvaré a los tres —respondí—. ¿Sabes, Troy? Mientras te pintaba, algo ha cambiado dentro de mí... Diría que me he perdonado.

»Cuando te elegí con el aspecto de Henry fue porque pensé que en algún momento me propondría a mí misma para el karma artificial.

»Me imaginaba que tú aceptarías y me estrangularías. Al fin y al cabo, yo me lo merecería por no haber sabido mantener con vida a mi hijo...

Las lágrimas brotaban de mis ojos. Respiré y continué.

—Mi padre me dijo una vez que sólo hay una cosa que tiene todos los pros y ningún contra, pero es algo diferente para cada persona, porque el pro de uno es seguramente el contra de otro.

»Pintándote me he dado cuenta de que para mí lo único que tiene todos los pros y ningún contra es perdonarme a mí misma.

»Perdonar lo que me pasó, perdonar que confié en las personas equivocadas, perdonar mi odio contenido durante tantos años, perdonar mi miedo, perdonar los malos diagnósticos, perdonar los deseos equivocados... Y sobre todo perdonarme a mí. A ellos no, ellos se han de perdonar a sí mismos.

»Henry tenía razón. Al andar no sólo se hace el camino sino también al volver la vista atrás y ver la senda que no has de volver a pisar.

»Yo tengo mucha senda que no he de volver a pisar y me he dado cuenta de que eso es algo muy bueno. Si te perdonas, nada te vuelve a doler.

* * *

Justo después de que ella me abriese el corazón, me llegó la confirmación.

Acababan de encontrar a su secuestrador. Vivía en Menorca, otra isla...

Se lo comuniqué. No sabía si aquella noticia cambiaría algo de su discurso.

Noté pavor en su rostro al enterarse, pero sabía que ella querría ir a ver a la persona que la tuvo retenida tanto tiempo. Era la gran cuenta pendiente de su vida.

Y así fue. Al instante, cambiamos el rumbo y nos dirigimos a Menorca.

Ella temblaba. Yo la abracé fuerte, muy fuerte. Nada malo le volvería a pasar mientras yo estuviese a su lado. Decidí decírselo con palabras. Los humanos lo hacen a menudo para dejar constancia de sus pensamientos.

* * *

—Nada malo te pasará mientras esté a tu lado. Te lo juro, Rosana —dijo mientras me abrazaba.

15

SI NO SABES CONVIVIR,
NO DEBERÍAS VIVIR

Llegamos en veintitrés minutos a aquella isla. Fuimos hasta Ciutadella, donde él residía, en motocicleta. Yo deseaba ir en moto, porque era el medio de transporte perfecto para reencontrarme con él. Troy fue de paquete, me abrazó fuertemente durante todo el trayecto, deseaba cumplir su promesa.

Aquel hombre vivía en una casa blanca en el centro del pueblo. Era semejante a aquella en la que yo había vivido recluida, tenía gustos parecidos aunque hubiesen pasado los años. Nuestros mundos sólo tienen pequeñas variaciones.

Llamé a la puerta. Había decidido tomar la iniciativa. Él estaba a mi lado, como había prometido, y notaba cómo me protegía. Seguramente si aquel hombre era él, reconocería en Troy a su hijo. No sé si en aquella anciana vería a la joven de la que abusó.

Había esperado muchos años ese encuentro. No sabía qué sentiría al verle, pero al menos los dos estaríamos despiertos y viéndonos cara a cara. Sería una contienda justa.

A los pocos segundos abrió y ahí estaba. Era él, lo reconocí por las fotos que me había mostrado la policía. Estaba totalmente envejecido, aunque se notaba que era un poco más joven que yo.

Miró a Troy y vio a Henry al instante. No lo había olvidado. Me observó y también supo que yo era aquella chica a la que tanto daño había infligido. Supo al momento que aquello era el karma artificial que llamaba a su puerta.

Ambos nos quedamos mudos ante aquel pasado viviente. Yo quería obtener más explicaciones. Necesitaba algo más que aquella carta ególatra que me había enviado.

Pero no me salían las palabras. Me di cuenta de que en sus ojos no había ninguna emoción, supongo que los años te extraen toda la energía, sea buena o mala. Siempre me imaginé que su mirada sería terrible y llena de deseo o de maldad. Pero allá no había nada.

Comenzó a repetir la palabra «perdón» sin parar. Era lastimoso escucharle.

La verdad es que no sabía si toda mi teoría sobre perdonarme a mí misma se sustentaría ante su presencia. Hasta que no me enfrentara a él no podía perdonarme. Dentro de mí todavía estaba aquel odio que reclamaba venganza. Mi bautizo de odio clamaba justicia. Fui su juguete durante trece años y aquello era difícil de digerir.

Sabía que, si se lo indicaba, Troy le reventaría la cabeza al instante o algo similar.

—Perdón, perdóname, era joven, no quería... Te lo dije en la carta... Me sentía solo... —comenzó a balbucear.

Él seguía musitando palabras, pero yo no le escuchaba. Tantos años en el mundo me han hecho ver que la desesperación y el miedo hacen que cualquier ser humano intente salvar el pellejo.

—Te salvé la vida, podía haberte dejado en el bosque... Te cuidé durante muchos años, fue un amor verdadero... Te di un hijo... —siguió diciendo aquel

viejo.

Aquel tipo había pasado de solicitar clemencia a negociar. Las fases de duelo que tanto conocía y con las que había tenido que lidiar toda mi vida.

Me di cuenta de que ése era el decimosexto día clave de mi vida. ¿Recordáis que toda vida tiene diecisiete días claves?, pues yo me había dado de bruces con el penúltimo. Si decidía que lo mataran, me convertiría en algo semejante a él. Si lo perdonaba, no sé si podría perdonarme a mí misma.

Decidí que Troy decidiese; era como darle la voz a Henry.

Él conocía toda mi historia de mi puño y letra. Y a veces es necesaria la distancia para tomar la decisión correcta.

—¿Qué harías, Henry? —le pregunté utilizando el nombre de mi hijo. No deseaba que aquel cerdo supiera que él había muerto.

Noté que Troy se quedaba sorprendido. Creo que jamás le habían dado una responsabilidad tan importante. El cabrón se cagó de miedo, sabía que aquél no era Henry, pero seguramente su cabeza no asimilaba bien todo aquello.

—Lo mataría —dijo muy seguro—. Si no sabes convivir, no deberías vivir.

Aquel viejo se asustó y de repente confesó lo que jamás hubiera creído que podría decir. La vida te sorprende, creo que os lo había dicho. La vida siempre te sorprende y siempre te golpea. Y en aquel instante me sorprendió y me golpeó de una forma brutal.

—No lo hagas, por favor... Rosana, tienes una hija. También diste a luz una

hija. Cuando Henry me llamó y me dijo que habías despertado, estaba con ella en el coche y no sé por qué, pero me la llevé conmigo.

Mi mundo se derrumbó. Mi dolor se incrementó hasta límites que jamás llegué a imaginarme que pudieran existir. Tener una hija implicaba haberla perdido durante años y también significaba más dolor y más abusos por parte de aquel ser. Más mentiras y mucha manipulación.

—Vive cerca de aquí, te puedo llevar con ella. No le hice nada, te lo prometo. Déjame presentártela, le hablaré de ti, le diré lo que hice. Lo confesaré todo. Ella no sabe nada de ti. Le dije que su madre, que estaba en coma, murió y su hermano enfermó... Por favor. Por favor... Perdóname... Perdóname.

Aquello rompió mi mundo, me reventó por completo.

* * *

Se quedó sin palabras. Yo también. Me sentía muy unido a ella y me dolió tanto como si yo también hubiera recuperado a mi propia hermana.

Marqué a aquel hombre con la peca azul. De eso no se libraría. Y esperaba que mi madre me diese permiso para reventarle la cabeza. Lo odiaba, aquello era mi bautizo de odio.

Fuimos solos hacia la casa de su hija, que estaba a pocos metros de la de aquel ser inhumano. No le dejamos acompañarnos.

Ella tenía miedo. Yo también.

Aquella chica sería el segundo hijo que ella recuperaba ese día, y yo sentía que aquel momento sería como si me reencontrase con una hermana.

Ella temblaba. La cogí de la mano durante todo el camino.

Rosana no pudo llamar a la puerta. Lo hice yo.

Su hija abrió.

Se abrazaron al instante. Su hija nunca la había olvidado. Tenía siete años cuando vio por última vez a su mamá, pero nunca desapareció de su memoria la imagen de su madre, y tampoco la mía.

Cuando me vio, me besó y me olió toda la cara. Me sentí tan querido...

Era lo más hermoso que había vivido en mi vida.

Por primera vez vi a mi madre feliz. Con mi hermana y conmigo a su lado estaba por fin completa.

Mi madre se sentía tan pletórica que parecía una persona diferente.

Quería que lo primero que hiciéramos fuera ir juntos a celebrar su cumpleaños a Barcelona. Imagino que disfrutar de un Sant Jordi con su familia había sido el sueño de toda su vida y, por fin, a los cien años lo podía cumplir.

* * *

16

LO MEJOR DE IR ES VOLVER

* * *

Y ahí estábamos, subiendo por las Ramblas los tres entre toda aquella multitud. Estaba seguro de que a vista de pájaro parecíamos un bello campo de rosas rojas recién cultivado.

Estuvimos horas caminando por Barcelona y disfrutando de ese día. Subimos y bajamos sus Ramblas tantas veces... Miramos puestos de libros, compramos rosas y recordamos otros tiempos en que sus antepasados habían pisado esas mismas calles.

Madre estaba pletórica. La vi disfrutar tanto ese día... Realmente Sant Jordi es un hermoso día dedicado al amor. Nunca había visto tanta gente disfrutar y amarse. Esa ciudad supuraba emoción.

Había rosas metálicas, por si se las querías dar a tu robot, pero ella me regaló una rosa roja brillante que olía a mar. Yo también les regalé una a mi madre y otra a mi hermana.

Antes de que dieran las doce tenía que hacerle la pregunta. Aunque me daba igual la respuesta. Ella se dio cuenta y me llevó cerca del puerto, no quería que mi hermana nos oyese. Sabía lo que me diría, pero tenía que consultárselo; escogí cuidadosamente mis palabras.

—¿A quién quieres que mate? —le pregunté con la estatua de Colón como testigo.

No me contestó, tan sólo negó con la cabeza, ya había tomado su decisión en aquel barco. Se había perdonado, y si te perdonas a ti mismo, no necesitas a nadie más en este mundo. Creo que aceptó que los leones de su pasado jamás le volverían a preocupar aunque siguieran en libertad.

Me dio tanta paz... La miré con mucho amor y le pedí algo que había deseado solicitarle durante todas aquellas horas en Barcelona.

—¿Puedo vivir contigo durante los días que te quedan de vida?

—¿Quieres estar con nosotros? —me preguntó sorprendida.

—Si me tienes junto a ti, tendrás todo lo que perdiste. Toda la familia unida a tu lado. Sé que no soy Henry, lo sé, pero me gustaría estar con vosotras lo que te quede de vida.

Se lo pensó, pero supe que aceptaría. Para mí aquéllas serían las primeras vacaciones en treinta y dos años y estaría en la mejor compañía.

—Será un honor tenerte junto a nosotras —respondió—. Pero quiero pedirte dos favores a cambio, espero que puedas concedérmelos.

No tenía la más mínima idea de lo que me iba a pedir. Estaba totalmente descolocado.

—Lo primero que quiero pedirte es que me gustaría colgar de ti cuando marche.

La noté emocionarse. Yo me emocioné junto a ella.

—¿Tu muerte convertida en diamante quieres que la lleve yo en mi cuello? —dije sorprendido.

—Sí.

—¿Y ella no te querrá? —pregunté señalando a mi hermana; mantenía una distancia prudencial de nosotros, como si supiera que una energía especial nos unía.

—Ella me tendrá estos dieciocho días, bueno, casi diecisiete. Debe disfrutarme en vida, sino seré una carga cuando muera. No tendrá tiempo para superar mi pérdida si me lleva encima. Y su abuelo decía que todo se puede superar siempre que tengas el tiempo a tu favor.

»Además, a ella le regalaré una almohada muy especial que le ayudará a conciliar el sueño cuando yo marche.

Me sonrojé al darme cuenta de lo que significaba portar la vida de otra persona. Desconocía que tuviera la capacidad de sonrojarme.

—Troy, tú eres único, tenlo siempre claro —añadió al ver mis mejillas sonrojadas—. Estar junto a ti me ha devuelto las ganas de vivir, me he vuelto a sentir escuchada y he sentido nuevamente amor por la vida. Además, me has hecho recordar una frase que siempre repetía mi hijo en el hospital: «Ayer es hoy todavía...». La había olvidado completamente. Todos lo olvidamos, pero ayer es hoy todavía si no tenemos miedo a perdonarnos.

Tenía razón. Ayer es hoy todavía, también yo intentaría no olvidarla el resto de mi vida.

—¿Y lo segundo que querías pedirme? —indagué.

—Estaba escribiendo un libro, reflexiones sobre el karma artificial y sobre mi vida, pero no puedo continuar...

»Desde que he visto a mi hija no he podido escribir ni una sola palabra más, sólo quiero sentir y vivir.

»Me gustaría que acabases tú ese libro, escribe lo que quieras, rellena mis agujeros, da tu versión de los hechos. Lo que desees.

»Creo que, sin tu visión de este día, este libro estaría incompleto.

»¿Qué mejor que el día de Sant Jordi para hacerte esta propuesta, no crees? ¿Lo harás?

Acepté. Era un honor increíble; no sabía si podría hacerlo, era crear mi primer mundo y juntarlo con el suyo. Ahora mismo estoy escribiendo y no sé si lo hago bien, pero os puedo asegurar que disfruto mucho.

Justo antes de que acabara ese día, compré un pastel de cumpleaños. Lloró tanto ante aquellas cien velas, pensé que las apagaría con las lágrimas.

Ella hacía mucho que no soplabá. No pidió nada, dijo que todo lo

que deseaba le había sido retornado aquel día. Tan sólo sonrió y pronunció una frase que recordaré siempre, sería mi brújula vital: «Lo mejor de ir es volver...».

Aquella misma noche volvimos a Ischia; ella quería morir allí. Recuperar ese lugar para nosotros. Mi hermana sacó la llave del olivo.

Y en aquella isla estuvimos los tres juntos sus últimos diecisiete días.

Recibí más de ella en esos diecisiete días que de cualquier persona en toda mi vida. Me sentí tan amado...

¿Se puede en tan pocos días vivir todo lo que no has vivido? Ya os digo que la respuesta es sí.

Ella actuaba como mi madre. Yo no he tenido nunca una mamá. Pero os puedo asegurar que me trataba como a su Henry, pero sabiendo que era su Troy. Nunca lo olvidó.

Añadió a mi hermana en el cuadro que me había pintado y luego lo colgó en su casa de Ischia. Era el primer lienzo que habitaba en las paredes de lo que aquellos días fue un verdadero hogar.

A los diecisiete días exactos, como había predicho el gen, murió en su playa de Sant'Angelo.

Estábamos sus dos hijos junto a ella cuando decidió meterse a nadar en aquellas aguas junto a su otro hijo. Supe que no la

veríamos salir con vida. Había estado en este mundo cien años y diecisiete días, una hermosa cifra.

En el tanatorio de aquella bella isla la incineramos con sus libros favoritos para que aquellas bellas letras se fusionaran eternamente junto a su precioso cuerpo. La convertimos en un diamante que parecía una de esas rosas que tanto amaba del mejor día de su ciudad.

Mi hermana aceptó que me lo quedara. No hubo discusiones consanguíneas. Le pedí que me acompañara en ese momento de traspaso. Lloré tanto cuando ella me la colgó del cuello..., pero me di cuenta de que, como decía mi abuelo, la vida te golpea, pero nunca te noquea. Tenía energía para continuar.

Creo que ése fue el instante en que dejé de ser uno de ellos y me convertí en uno de vosotros. Ya lo decía mi madre: cuando mueren tus padres, uno se reconvierte.

Mi hermana se quedó a vivir en Ischia. Y yo estaba seguro de que allí reharía su vida y encontraría su camino. La almohada con los escritos triturados del abuelo que madre le había regalado le ayudaría a conciliar el sueño.

Al despedirnos supe que jamás podría ser el mismo que había sido. No sé si porque portaba aquel diamante de vida en mi cuello o porque simplemente había cambiado a través del dolor y el amor de otra persona.

Tuve claro lo primero que quería hacer. Ella no quiso ejercer el

karma artificial. Los perdonó a los tres. Yo sentía que debía empezar a tomar mis propias decisiones y mi camino si quería ser uno de esos caminantes.

Deseaba luchar contra las injusticias. Me sentía como los hombrecitos de sus cuadros, alguien que observaba a aquellos leones que abusaban de otros y debía impartir justicia inmediata.

Maté a los tres que había propuesto mi madre.

Ninguno de ellos merecía vivir en este mundo. Los tres habían lastimado la vida de mi madre, dijera lo que dijese el karma artificial. Si no sabes convivir, no debes vivir.

Deseaba limpiar este mundo de todos esos indeseables que abusan del prójimo.

Al médico lo asesiné en su propio hospital, le clavé cinco puñaladas tras tocarle la bata.

Al tipo que le copió su arte lo ahogué en un bote de pintura roja. No llegó jamás a conocer otro mundo.

Y al secuestrador lo enterré vivo bajo tierra dentro de uno de esos ataúdes romboides, pero sin ningún tipo de objeto ni carta. No lo maté, deseé que su muerte fuera lenta, que se asfixiara poco a poco sin poder mover un solo músculo.

Ahora detecto injusticias flagrantes y las corrijo al instante. Soy aquello que mi madre deseó que existiera: un ser humano justo pero

implacable. Cualquier abusador tiene su merecido y cualquier abuso ya no queda impune. Ahora cribo con mi criterio este mundo para que nadie se extralimite con otra persona.

Supongo que el decimoséptimo día importante de su vida lo heredé yo. Y cuando heredes la muerte de otra persona, ésta te cambia, es su último regalo.

Ahora sí que el karma artificial compensa el mundo. ¿Por qué debían los abusados esperar toda una vida para impartir justicia si se puede hacer al momento?

Supe que ya no era Troy. Mi nombre no me definía.

Henry Troy era mejor. Al fin y al cabo, yo era una mezcla o un híbrido de ambos. Me gustaba mi nombre: Henry Troy.

No sé qué más añadir en este libro para que ella sienta que he cumplido mi promesa. En realidad esta novela no me pertenece, es suya, es su mundo. He intentado esmerarme, pero siento que mi aportación es tan sólo una comparsa entre las bellas palabras de mi madre. No destruiré estos escritos como ella quería que hiciera ni los añadiré a aquella almohada, creo que sería un delito grave hacerlo.

Creo que a Henry le gustaría que acabase con su poema favorito. Ése sería un buen final ahora que por fin me siento un caminante de este mundo, uno diferente pero, al fin y al cabo, todos lo somos...

*Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.*

*Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.*

* * *

Hay un día en la vida en que debes decidir si deseas tener la razón o la tranquilidad.

Albert Espinosa (Barcelona, 1973). Actor, director, guionista e ingeniero industrial. Es creador de las películas *Planta 4.ª*, *Va a ser que nadie es perfecto*, *Tu vida en 65'* y *No me pidas que te bese porque te besaré*. Asimismo, es creador y guionista de la serie *Pulseras rojas*, basada en su libro *El mundo amarillo* y en su lucha contra el cáncer.

El total de su obra literaria se ha publicado en más de 40 países con más de 2.500.000 ejemplares vendidos en todo el mundo.

www.albertespinosa.com



Albert Espinosa



@espinosa_albert



Albertespinosapuig

Edición en formato digital: marzo de 2018

© 2019, Albert Espinosa Puig

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Agradecimientos a los herederos de Antonio Machado por el permiso de reproducción del poema «Caminante, no hay camino»

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Gemma Martínez

Pinturas: © Llorenç Pons Moll

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5764-0

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Lo mejor de ir es volver

1. Sin memoria, eres feliz
2. La vida siempre te golpea, pero nunca te noquea
3. ¿Qué es lo único en este mundo que tiene todo pros y ningún contra?
4. Mi madre era capaz de ver luz donde otros veían sombras
5. Café amargo para niños sonrientes
6. Herir a los que amaste es incumplir tus propias promesas
7. El pasado doloroso cuando se comparte siempre produce pánico
8. Es mejor amar que ser amado, porque uno es su propio antídoto
9. El pasado es un país diferente
10. El perro que olía sábanas repletas de recuerdos perdidos
11. Caminante, no hay camino ,se hace camino al andar
12. Borra lo que pesa para salir a flote
13. Los remordimientos desaparecen si crees firmemente en tus mentiras
14. El amor es incendiario en todos los sentidos
15. Si no sabes convivir, no deberías vivir
16. Lo mejor de ir es volver

Sobre este libro

Sobre Albert Espinosa

Créditos

cada libro, cada volumen
que ves aquí, tiene un alma
el alma de la persona que lo escribió
y de aquellos que lo
leyeron, vivieron y soñaron con él.

